Éric Vuillard

EL ORDEN DEL DÍA



En febrero de 1933, en el Reichstag tuvo lugar una reunión secreta, que no estaba en el orden del día, en la que los industriales alemanes —entre los que se contaban los dueños de Opel, Krupp, Siemens, IG Farben, Bayer, Telefunken, Agfa y Varta— donaron ingentes cantidades a Hitler para conseguir la estabilidad que él prometía. Desde ese año, Hitler ideó una estrategia de cara a la comunidad internacional para anexionarse Austria «pacíficamente»; para ello, mientras se ganaba la aquiescencia o el silencio de primeros ministros europeos, mantuvo una guerra psicológica con Schuschnigg, el canciller austriaco, hasta que la invasión (un alarde del legendario ejército alemán, que ocultaba graves problemas técnicos) fue un hecho.

Esta novela desvela los mercadeos y vulgares intereses comunes, las falsedades y posverdades, que hicieron posible el ascenso del nazismo y su dominio en Europa hasta la Segunda Guerra Mundial, con las consecuencias de todos conocidas. *El orden del día* narra de un modo trepidante y muy novedoso, en escenas memorables, las bambalinas del ascenso de Hitler al poder, en una lección de literatura, historia y moral política.

Lectulandia

Éric Vuillard

El orden del día

ePub r1.0
Titivillus 23-06-2018

Título original: *L’ordre du jour*
Éric Vuillard, 2017
Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Laurent Évrard

Una reunión secreta

El sol es un astro frío. Su corazón, agujas de hielo. Su luz, implacable. En febrero los árboles están muertos, el río, petrificado, como si la fuente hubiese dejado de vomitar agua y el mar no pudiese tragar más. El tiempo se paraliza. Por las mañanas, ni un ruido, ni un canto de pájaro, nada. Luego, un automóvil, otro, y de pronto pasos, siluetas que no pueden verse. El regidor ha dado los tres golpes pero no se ha alzado el telón.

Es lunes, la ciudad rebulle tras su velo de niebla. Las gentes acuden al trabajo como los demás días, suben al tranvía, al autobús, allí se deslizan hasta el segundo piso y se abisman en sus ensueños en medio del intenso frío. Pero el 20 de febrero de aquel año no fue una fecha como otra cualquiera. Pese a todo, la mayoría pasó la mañana arrimando el hombro, inmersa en esa gran mentira decente del trabajo, con esos pequeños gestos donde se concentra una verdad muda, decorosa, y donde toda la epopeya de nuestra existencia se reduce a una pantomima diligente. Así, el día transcurrió apacible, normal. Y mientras cada cual iba y venía entre el hogar y la fábrica, entre el mercado y el patinillo donde se tiende la ropa, y, por la tarde, entre la oficina y la tasca, y finalmente regresaba a casa, entretanto, muy lejos del trabajo decente, muy lejos de la vida familiar, a orillas del Spree, unos caballeros se apeaban de sus coches ante un palacio. Les abrieron obsequiosamente la portezuela, bajaron de sus voluminosas berlinas negras y desfilaron uno tras otro bajo las pesadas columnas de gres.

Eran veinticuatro, junto a los árboles muertos de la orilla, veinticuatro gabanes de color negro, marrón o coñac, veinticuatro pares de hombros rellenos de lana, veinticuatro trajes de tres piezas y el mismo número de pantalones de pinzas con un amplio dobladillo. Las sombras penetraron en el gran vestíbulo del palacio del presidente del Parlamento; pero muy pronto no habrá ya Parlamento, no habrá ya presidente y, dentro de unos años, no habrá ni siquiera Parlamento, tan solo un amasijo de escombros humeantes.

Por el momento, todos ellos se despojan de los veinticuatro sombreros de fieltro, dejando al descubierto veinticuatro cráneos calvos o coronas de cabellos blancos. Antes de subir al escenario, se estrechan dignamente la mano. Una vez en el gran vestíbulo, los venerables patricios intercambian palabras ligeras de tono, respetables; uno tiene la impresión de asistir a las primicias un tanto artificiales de una fiesta al aire libre.

Las veinticuatro siluetas salvaron concienzudamente un primer tramo de

escalones, después, uno a uno, se enfrentaron a los peldaños de la escalera, deteniéndose a ratos para no fatigar en exceso su viejo corazón, y, con la mano aferrada al pasamanos de cobre, los ojos entornados, fueron subiendo sin admirar ni la elegante balaustrada ni las bóvedas, como si pisaran un montón de invisibles hojas secas. Los guiaron, por la entrada pequeña, hacia la derecha, y allí, tras avanzar unos pasos sobre el suelo en damero, ascendieron la treintena de peldaños que conducen a la segunda planta. Ignoro quién encabezaba la cordada, pero en el fondo tanto da, pues los veinticuatro tuvieron que hacer exactamente lo mismo, seguir el mismo camino, doblar a la derecha, rodeando el hueco de la escalera, y por último, a la izquierda. Dado que las puertas batientes estaban abiertas de par en par, entraron en el salón.

La literatura, según dicen, lo permite todo. Por lo tanto, yo podría hacerles dar vueltas hasta el infinito en la escalera de Penrose, ellos jamás podrían volver a bajar ni a subir, harían siempre ambas cosas a la vez. Y, en realidad, ese es en cierto modo el efecto que nos producen los libros. El tiempo de las palabras, compacto o líquido, impenetrable o espeso, denso, dilatado, granuloso, petrifica los movimientos, hechiza y aturde. Nuestros personajes permanecerán confinados en el palacio para siempre, como en un castillo encantado. Helos aquí fulminados desde la entrada, lapidificados, paralizados. Las puertas están a un tiempo abiertas y cerradas, las impostas gastadas, arrancadas, destruidas o repintadas. El hueco de la escalera brilla pero está vacío, la lámpara de araña reluce, pero está ciega. Nos hallamos a la vez en todas partes en el tiempo. Así, Albert Vögler subió los escalones hasta el primer rellano y, una vez allí, se llevó la mano al cuello postizo, sudando, chorreando incluso, presa de un leve vértigo. Bajo el grueso farolillo dorado que ilumina los tramos de la escalera se ajusta el chaleco, se desabrocha un botón, se abre el cuello postizo. Tal vez Gustav Krupp hizo un alto en el rellano, él también, y dirigió unas palabras compasivas a Albert, un pequeño apotegma sobre la vejez; vamos, que dio muestras de solidaridad. Acto seguido Gustav prosiguió su camino, y Albert Vögler se quedó allí unos instantes, solo bajo la araña, gran vegetal chapado en oro, con una enorme bola de luz en el centro.

Por fin entraron en el pequeño salón. Wolf-Dietrich, secretario particular de Carl von Siemens, remoloneó un momento junto a la puerta ventana y dejó vagar la mirada sobre la delgada capa de escarcha que cubría el balcón. Por un instante elude los pasteleos del mundo para, entre las pacas de algodón, entregarse a un perezoso ensueño. Y mientras los demás parlotean y prenden un Montecristo, cotorreando sobre el color crema o topo de su capa, prefiriendo quien el sabor meloso, quien un sabor especiado, todos ellos adictos a habanos de enormes diámetros, estrujando distraídamente las vitolas finamente doradas, él, Wolf-Dietrich, sueña despierto ante la ventana, ondula entre las ramas desnudas y flota sobre el Spree.

A unos pasos, admirando las delicadas figuritas de yeso que ornan el techo, Wilhelm von Opel se sube y se baja las gruesas gafas redondas. Otro cuya familia

galopa hacia nosotros desde el principio de los tiempos, desde el pequeño terrateniente de la parroquia de Braubach, desde ascensos con acopio de togas y emblemas, de fincas y cargos, magistrados primero, burgomaestres después, hasta el instante en que Adam —salido de las entrañas indescifrables de su madre, y tras asimilar todos los trucos de la cerrajería— concibió una maravillosa máquina de coser que supuso el auténtico arranque de su esplendor. Sin embargo, no inventó nada. Hizo que lo contratara un fabricante, observó, dobló la cerviz y mejoró un poco los modelos. Se casó con Sophie Scheller, quien le aportó una dote sustancial, y puso el nombre de su mujer a la primera máquina. La producción aumentaba sin cesar. Bastaron unos años para que la máquina de coser se convirtiera en un utensilio corriente, para que alcanzara la curva del tiempo y se integrara en las costumbres humanas. Sus genuinos inventores habían madrugado demasiado. Una vez consolidado el éxito de sus máquinas de coser, Adam Opel se lanzó al mundo del velocípedo. Hasta que, una noche, una voz extraña se insinuó en el resquicio de la puerta; su propio corazón se le antojó frío, tan frío. No eran los verdaderos inventores de la máquina de coser reclamando el porcentaje de sus derechos, no eran sus obreros reivindicando su parte de los beneficios, era Dios reclamando su alma; no quedaba más remedio que devolverla.

Pero las empresas no mueren como los hombres. Son cuerpos místicos que no perecen jamás. La marca Opel siguió vendiendo bicicletas, también automóviles. A la muerte de su fundador, la firma contaba ya con mil quinientos empleados. No paró de crecer. Una empresa es una persona cuya sangre afluye en masa a su cabeza. A eso llamamos una persona moral. La vida de las empresas perdura mucho más que las nuestras. Así pues, ese 20 de febrero en que Wilhelm medita en el pequeño salón del palacio del presidente del Reichstag, la compañía Opel es ya una anciana dama. Hoy en día, no es ya sino un imperio dentro de otro imperio, y tan solo guarda una lejanísima relación con las máquinas de coser del viejo Adam. Y pese a que la compañía Opel es una anciana dama muy rica, es tan anciana que apenas se le presta atención, ya forma parte del entorno. Y es que la compañía Opel es bastante más vieja que gran número de Estados, más vieja que el Líbano, que la misma Alemania, más vieja que la mayoría de los Estados de África, más vieja que Bután, donde sin embargo los dioses fueron a perderse entre las nubes.

Las máscaras

Podríamos acercarnos a cada uno de los veinticuatro caballeros, uno tras otro, mientras entran en el palacio, podríamos rozar su ancho cuello duro, el nudo corredizo de su corbata, perdernos un instante en el mordisqueo de sus bigotes, soñar entre las listas atigradas de sus chaquetas, abismarnos en sus ojos tristes, y allí, en el fondo de la flor de árnica amarilla y picante, encontraríamos la misma puertecita: tiraríamos del cordón de la campanilla y nos remontaríamos de nuevo en el tiempo, lo que nos permitiría presenciar una misma sucesión de maniobras, de ventajosos matrimonios, de operaciones sospechosas: el monótono relato de sus hazañas.

Ese 20 de febrero, Wilhelm *von* Opel, el hijo de Adam, se ha cepillado definitivamente la grasa sucia incrustada en sus uñas, ha guardado su velocípedo, olvidado su máquina de coser, y ostenta en su apellido una partícula nobiliaria donde se resume toda la saga de su familia. Con la autoridad que le confieren sus sesenta y dos años, carraspea mientras consulta su reloj. Frunce los labios y echa un vistazo a su alrededor. Hjalmar Schacht ha trabajado duro: no tardarán en nombrarlo director del Reichsbank y ministro de Economía. En torno a la mesa se hallan reunidos Gustav Krupp, Albert Vögler, Günther Quandt, Friedrich Flick, Ernst Tengelmann, Fritz Springorum, August Rosterg, Ernst Brandi, Karl Büren, Günther Heubel, Georg von Schnitzler, Hugo Stinnes Jr., Eduard Schulte, Ludwig von Winterfeld, Wolf-Dietrich von Witzleben, Wolfgang Reuter, August Diehn, Erich Fickler, Hans von Loewenstein zu Loewenstein, Ludwig Grauert, Kurt Schmitt, August von Finck y el doctor Stein. Nos hallamos en el nirvana de la industria y las finanzas. Ahora se les ve muy silenciosos, muy tranquilos, un tanto ofuscados tras esos casi veinte minutos de espera; el humo de los grandes habanos les escuece en los ojos.

Con una suerte de recogimiento, algunas sombras se detienen ante un espejo y se retocan el nudo de la corbata; se sienten a sus anchas en el saloncito. En algún lugar, en uno de sus cuatro libros sobre arquitectura, Palladio definió bastante vagamente el salón como una pieza de recepción, un escenario donde se desarrollan los vodeviles de nuestra existencia; y en la famosa villa Godi Malinverni, tras cruzar la sala del Olimpo, donde los dioses desnudos retozan entre aparentes ruinas, y la sala de Venus, donde un niño y un paje escapan por una falsa puerta pintada, se accede al salón central, donde encontramos en un marco de madera, encima de la entrada, el final de una oración: «Mas líbranos del mal». Pero en el palacio del presidente del Parlamento, donde se celebraba nuestra pequeña recepción, en vano se habría buscado tal inscripción; no estaba en el orden del día.

Transcurrieron lentamente varios minutos bajo el alto techo. Se intercambiaron sonrisas. Se abrieron carteras de cuero. Schacht se quitaba de vez en cuando las finas gafas y se frotaba la nariz, la lengua asomando entre los labios. Los invitados seguían plácidamente sentados, apuntando hacia la puerta sus ojillos de cangrejo. Susurraban entre dos estornudos. Algunos desplegaban un pañuelo, las narices trompeteaban en medio del silencio; luego se recomponían, aguardando pacientemente que comenzara la reunión. Eran duchos en reuniones, todos acumulaban consejos de administración o de supervisión, todos pertenecían a alguna asociación patronal. Por no hablar de las siniestras reuniones familiares de aquel patriarcado austero y tedioso.

Gustav Krupp, sentado en primera fila, se pasa el guante por el rostro rubicundo, gargajea religiosamente en el moquero, está acatarrado. Con la edad, sus finos labios comienzan a dibujar una fea medialuna invertida. Parece triste e inquieto; da vueltas maquinalmente entre sus dedos a un bonito anillo, perdido en la bruma de sus anhelos y cálculos —y puede que estas palabras posean para él un solo significado, como si hubieran ido imantándose lentamente la una hacia la otra.

De súbito, las puertas rechinan, el parqué cruje; alguien conversa en la antesala. Los veinticuatro lagartos se alzan sobre las patas traseras y se mantienen bien erguidos. Hjalmar Schacht traga saliva, Gustav se ajusta el monóculo. Tras los batientes de la puerta se oyen voces ahogadas y después un silbido. Por fin, el presidente del Reichstag entra sonriendo en la estancia: es Hermann Göring. Y eso, muy lejos de despertar sorpresa entre nosotros, en el fondo no es más que un acontecimiento bastante trivial, pura rutina. En el mundo de los negocios, las luchas partidistas son poca cosa. Políticos e industriales están habituados a codearse.

Göring rodea la mesa, dedicando unas palabras a cada uno y estrechando manos bonachonamente. Pero el presidente del Reichstag no ha venido solamente a recibirlos; tras mascullar unas palabras de bienvenida, evoca de inmediato las cercanas elecciones, las del 5 de marzo. Las veinticuatro esfinges le escuchan con atención. La campaña electoral que se avecina es determinante, declara el presidente del Parlamento, urge acabar con la inestabilidad del régimen; la actividad económica requiere calma y firmeza. Los veinticuatro caballeros asienten religiosamente. Las velas eléctricas de la araña parpadean, el gran sol pintado en el techo brilla más que hace unos instantes. Y si el partido nazi alcanza la mayoría, añade Göring, estas elecciones serán las últimas durante los próximos diez años; e incluso —añade con una sonrisa— durante los próximos cien años.

Un gesto de aprobación recorrió la hilera de hombres. En ese preciso instante se oyó un rumor de puertas, y el nuevo canciller entró por fin en el salón. Quienes no lo conocían sentían curiosidad por verlo. Hitler estaba sonriente, relajado, en absoluto como lo imaginaban, afable, sí, e incluso amable, mucho más amable de lo que auguraban. Tuvo para cada uno unas palabras de agradecimiento y un tónico apretón

de manos. Una vez hechas las presentaciones, todos volvieron a ocupar sus confortables butacas. Krupp se hallaba en primera fila, atusándose con un dedo nervioso el diminuto bigote; justo detrás de él, dos dirigentes de IG Farben, pero también Von Finck, Quandt y otros, cruzaron doctamente las piernas. Se oyó una tos cavernosa, el capuchón de una estilográfica emitió un minúsculo chasquido. Silencio.

Escucharon. El meollo del asunto se resumía en lo siguiente: había que acabar con un régimen débil, alejar la amenaza comunista, suprimir los sindicatos y permitir a cada patrono ser un Führer en su empresa. El discurso duró media hora. Cuando Hitler concluyó, Gustav se levantó y, en nombre de todos los invitados presentes, agradeció que se clarificase por fin la situación política. El canciller dio un rápido rodeo antes de marcharse. Lo felicitaron, se mostraron corteses. Los viejos industriales parecían aliviados. Una vez que se hubo retirado, tomó la palabra Göring, que reformuló enérgicamente algunas ideas antes de rememorar de nuevo las elecciones del 5 de marzo. Era una ocasión única para salir del estancamiento en que se hallaban. Pero para hacer campaña se necesitaba dinero; el partido nazi no tenía un chavo, y se echaba encima la campaña electoral. En ese instante, Hjalmar Schacht se levantó, sonrió a los presentes y dejó caer: «Ahora, caballeros, ¡a pasar por caja!».

Tal invitación, un tanto descarada, no les pillaba de nuevas a esos hombres; estaban acostumbrados a las comisiones y a los pagos bajo cuerda. La corrupción es una carga ineludible del presupuesto de las grandes empresas; recibe distintos nombres: *lobbying*, gratificación, financiación de partidos. Así pues, la mayoría de los invitados desembolsó de inmediato unos centenares de miles de marcos, Gustav Krupp donó un millón, Georg von Schnitzler cuatrocientos mil, con lo que se recogió una suma considerable. Esa reunión del 20 de febrero de 1933, que cabría calificar de momento único en la historia patronal, de compromiso inaudito con los nazis, para los Krupp, los Opel o los Siemens no es más que un episodio bastante habitual en el mundo de los negocios, una trivial recaudación de fondos. Todos ellos sobrevivirán al régimen y financiarán en el futuro a numerosos partidos a tenor de sus beneficios.

Pero para comprender mejor lo que representa la reunión del 20 de febrero, para captar hasta qué punto es eterna su esencia, en lo sucesivo deberemos llamar a esos hombres por su nombre. No son ya Günther Quandt, Wilhelm von Opel, Gustav Krupp, August von Finck quienes están allí ese atardecer del 20 de febrero de 1933, en el palacio del presidente del Reichstag; deben pronunciarse otros nombres. Porque Günther Quandt es un criptónimo, oculta algo distinto del grueso sujeto que se retoca el bigote sentado con toda formalidad en su sillón, en torno a la mesa de honor. Tras él, justo detrás, se yergue una silueta harto más imponente, sombra tutelar, fría e impenetrable cual estatua de piedra. Sí, dominando con toda su potencia, feroz, anónima, la cara de Quandt, confiriéndole esa rigidez de máscara, una máscara que encajaría más con el rostro que su propia piel, se adivina, sobrevolando por encima de él, Accumulatoren-Fabrik AG, la futura Varta, una compañía a la que sí conocemos, pues las personas jurídicas poseen sus avatares, al igual que las

divinidades antiguas cobraban distintas formas y, con el paso del tiempo, se sumaban al resto de los dioses.

Tal es, pues, el nombre auténtico de los Quandt, su nombre de demiurgo, porque él, Günther, no es más que un montoncito de carne y huesos, como ustedes y como yo, y porque, después de él, sus hijos y los hijos de sus hijos se sentarán en el trono. Pero el trono, por su parte, permanece cuando el montoncito de carne y de huesos se corrompe bajo tierra. Y así, los veinticuatro no se llaman ni Schnitzler, ni Witzleben, ni Schmitt, ni Finck, ni Rosterg, ni Heubel, como nos mueve a creer el registro civil. Se llaman BASF, Bayer, Agfa, Opel, IG Farben, Siemens, Allianz, Telefunken. Con esos nombres sí los conocemos. Es más, los conocemos muy bien. Están ahí, entre nosotros. Son nuestros coches, nuestras lavadoras, nuestros artículos de limpieza, nuestras radios despertadores, el seguro de nuestra casa, la pila de nuestro reloj. Están ahí, en todas partes, bajo la forma de cosas. Nuestra vida cotidiana es la suya. Cuidan de nosotros, nos visten, nos iluminan, nos transportan por las carreteras del mundo, nos arrullan. Y los veinticuatro sujetos presentes en el palacio del presidente del Reichstag, ese 20 de febrero, no son sino sus mandatarios, el clero de la gran industria; son los sacerdotes de Ptah. Y se mantienen allí impasibles, como veinticuatro calculadoras en las puertas del Infierno.

Una visita de cortesía

Una inclinación oscura nos entregó, pasivos y amedrentados, al enemigo. Desde entonces, nuestros libros de Historia remachan el aterrador acontecimiento, en el que concordaron la celeridad y la razón. Así, una vez convertidos el alto clero de la industria y de la banca, reducidos después al silencio los opositores, los únicos adversarios serios del régimen eran las potencias extranjeras. El tono fue subiendo poco a poco con Francia e Inglaterra, en una mezcolanza de hechos violentos y buenas palabras. Y así fue como en noviembre de 1937, entre dos enfrentamientos, tras algunas protestas estrictamente formales con respecto a la anexión del Sarre, a la remilitarización de Renania o al bombardeo de Guernica por parte de la legión Cóndor, Halifax, lord presidente del Consejo británico, acudió a Alemania, a título personal, invitado por Hermann Göring, ministro del Aire, comandante en jefe de la Luftwaffe, ministro del Reich de los Bosques y la Caza, presidente del difunto Reichstag… y el creador de la Gestapo. No está nada mal, y sin embargo Halifax no rechista, no le choca ese tipo exaltado y truculento, notorio antisemita, cubierto de condecoraciones. Y tampoco cabe decir que a Halifax lo hubiera engatusado alguien que ocultaba su juego, que el ministro británico no hubiera reparado en los modales de dandi, en los incontables títulos, en la retórica delirante, tenebrosa, en el cuerpo panzudo de Göring; no. Por aquel entonces quedaba muy lejos la reunión del 20 de febrero, los nazis habían abandonado todo comedimiento. Además, cazaron juntos, se rieron juntos, cenaron juntos; y Hermann Göring, que no escatimaba demostraciones de cariño y de simpatía, pues probablemente había soñado con ser actor y consiguió serlo a su manera, debió de darle palmaditas en el hombro, y aun pitorrearse un poco del viejo Halifax, espetarle algún comentario jocoso con doble sentido, de esos que dejan al destinatario de una pieza, un poco incómodo, como al oír una alusión sexual.

¿Lo envolvió el montero mayor en su manto de bruma y de polvo? Sin embargo, lord Halifax, al igual que los veinticuatro grandes sacerdotes de la industria alemana, debía de estar muy en antecedentes con respecto a Göring, debía de estar enterado de su historia, de su vida de golpista, su afición a los uniformes de fantasía, su morfinomanía, su internamiento en Suecia, el diagnóstico abrumador de violencias, de desorden mental, de depresión, sus inclinaciones suicidas. Lo que sabía de él no podía limitarse al héroe del bautismo en el aire, al piloto de la Primera Guerra Mundial, al vendedor de paracaídas, al viejo soldado. No era un ingenuo ni un novato, Halifax, sin duda poseía la suficiente información como para que no le resultara un tanto curioso aquel paseo durante el cual se los ve a los dos, en una

pequeña filmación de la época, admirar el parque de bisontes en el que Göring, furiosamente desinhibido, dispensa sus clases de bienestar. Tampoco podía pasarle por alto la sorprendente pluma que el alemán lleva en el sombrero, el cuello de pieles, la peregrina corbata. Tal vez le guste la caza, a Halifax, como le gustaba a su anciano padre, y entonces debió de disfrutar en Schorfheide, pero es imposible que no reparara en la extraña chaqueta de cuero que luce Hermann Göring ni en el puñal que lleva al cinto, es imposible que no prestara atención a las siniestras alusiones envueltas en groseras chanzas. Tal vez lo haya visto tirar con arco, disfrazado de saltimbanqui; sin duda ha visto los animales salvajes domesticados, el cachorro de león que acude a lamer la cara del amo. Y aunque no hubiera visto todo eso, aunque hubiera pasado sólo un cuarto de hora con Göring, a buen seguro ha oído hablar de los inmensos circuitos de trenecitos para niños que tiene en el sótano de su casa, y por fuerza lo ha oído murmurar un montón de sorprendentes necedades. Y Halifax, el viejo zorro, no ha podido ignorar su egomanía delirante. ¡Incluso quizá lo ha visto soltar bruscamente el volante de su descapotable y gritar al viento! Sí, es imposible que no adivinara, bajo la máscara espesa y abotargada, el meollo aterrador. Además, ha conocido al Führer. ¡Y ahí tampoco vio nada Halifax! Ignorando las reservas de Eden, llegó incluso a darle a entender a Hitler que las pretensiones alemanas sobre Austria y parte de Checoslovaquia no le parecían ilegítimas al gobierno de Su Majestad, siempre que todo se desarrollara en un clima de paz y de concierto. No es un ser tosco, Halifax. Pero una última anécdota refleja a la perfección al personaje. Delante de Berchtesgaden, donde lo depositaron, lord Halifax divisó junto al coche a una figura a la que tomó por un sirviente. Creyó que el hombre acudía a su encuentro para ayudarle a subir las gradas de la escalinata. Entonces, mientras abrían la portezuela del coche, Halifax le tendió el abrigo. Pero, en el acto, Von Neurath o algún otro, tal vez un criado, le susurró al oído con voz ronca: «¡El Führer!». Lord Halifax alzó los ojos. En efecto, era Hitler. ¡Lo había tomado por un lacayo! Es que no se había molestado en levantar la nariz, como relatará en su pequeño libro de memorias, *Plenitud de los días*: al principio solo vio unos pantalones, y debajo, un par de zapatos. El tono es irónico, lord Halifax intenta hacernos reír. Pero yo no le veo la gracia. El aristócrata inglés, el diplomático que se yergue orgulloso tras su pequeña ristra de antepasados, sordos como tapias, gilipollas, de cortos alcances…, todas esas cosas me dejan frío. ¿No fue el muy honorable vizconde Halifax quien, en su calidad de ministro de Finanzas y del Tesoro, se opuso firmemente a toda ayuda suplementaria a Irlanda a lo largo de todo su mandato? La hambruna causó un millón de muertos. Y también está el muy honorable segundo vizconde, el padre de Halifax, el que fuera ayuda de cámara del rey, coleccionista de historias de fantasmas, historias que uno de sus hijos fantasmas publicaría tras su muerte. ¿Acaso puede uno realmente ocultarse detrás de estos ancestros? Pero esa torpeza no tiene nada de excepcional, no es la pifia de un anciano atolondrado, es ceguera social, arrogancia. En cambio, en lo tocante a las ideas, Halifax no se muestra mojigato. Así, al comentar

su entrevista con Hitler, escribirá a Baldwin: «El nacionalismo y el racismo son fuerzas pujantes, ¡pero no las considero ni contra natura ni inmorales!»; y casi a continuación añade: «No me cabe duda de que esas personas odian de verdad a los comunistas. Y le aseguro que nosotros, de estar en su lugar, sentiríamos lo mismo». Tales fueron las premisas de lo que todavía hoy llamamos *política de apaciguamiento*.

Intimidaciones

Por el momento todo se reducía, pues, a las visitas de cortesía. Sin embargo, el 5 de noviembre de 1937, unos doce días antes de que lord Halifax acudiera a hablar de paz con los alemanes, Hitler comunicó a los jefes de sus ejércitos que proyectaba ocupar a la fuerza una parte de Europa. Primero invadirían Austria y Checoslovaquia. Es que en Alemania estaban muy apretados, y como nunca se alcanza el meollo de sus deseos, como la cabeza se vuelve siempre hacia los horizontes difusos, y además, como un fondo de megalomanía sobre trastornos paranoicos hace que la pendiente resulte más irresistible, después de los delirios de Herder y del discurso de Fichte, desde el espíritu de un pueblo celebrado por Hegel y el sueño de Schelling en torno a una comunión de los corazones, la noción de *espacio vital* no suponía ninguna novedad. Por supuesto, aquella reunión se había mantenido en secreto, pero salta a la vista cuál sería el ambiente que reinaba en Berlín poco antes de que llegara Halifax. Y eso no es todo. El 8 de noviembre, nueve días antes de su visita, Goebbels había inaugurado una gran exposición de arte en Múnich sobre el tema «El judío eterno». Tal era el panorama. Nadie podía ignorar los planes de los nazis, sus brutales intenciones. El incendio del Reichstag, el 27 de febrero de 1933; la apertura de Dachau, el mismo año; la esterilización de los enfermos mentales, el mismo año; la Noche de los Cuchillos Largos, al año siguiente; las leyes para la salvaguarda de la sangre y del honor alemán, el censo de las características raciales, en 1935; son muchas cosas, la verdad.

En Austria, hacia donde apuntaron de inmediato las ambiciones del Reich, el canciller Dollfuss, que se había arrogado —desde lo alto de su exiguo metro cincuenta— todos los poderes, fue asesinado por nazis austriacos ya en 1934. Schuschnigg, su sucesor, continuó su política autoritaria. Alemania practicó durante varios años una diplomacia hipócrita, amalgama de atentados, chantaje y seducción. Al final, tres meses después de la visita de Halifax, Hitler subió el tono. Schuschnigg, el pequeño déspota austriaco, es convocado en Baviera, ha llegado el momento del *Diktat*; el tiempo de las maniobras clandestinas ha tocado a su fin.

El 12 de febrero de 1938, Schuschnigg se persona por tanto en Berchtesgaden para entrevistarse con Adolf Hitler. Llega a la estación ferroviaria disfrazado de esquiador: el motivo de su viaje es, supuestamente, acudir a una estación de invierno. Y mientras se despoja en el tren de su equipo de esquí, en Viena las fiestas alcanzan su apogeo.

Porque se celebra el carnaval; de este modo, las fechas más alegres se solapan con las entrevistas siniestras de la Historia. Charanga, contradanza, remate final. Suena uno de los ciento cincuenta valses de Strauss, un vals que destila elegancia y encanto, bajo una avalancha de dulces. El carnaval de Viena es, ciertamente, menos conocido que el de Venecia o el de Río. La gente no luce tan bellísimas máscaras ni se abandona a tan enfebrecidos bailes. No. No es más que un vals seguido de otro. Pese a todo, es una gran fiesta. Los órganos constituidos del pequeño Estado católico y corporativista organizan los festejos. Y así, mientras Austria agoniza, su canciller, disfrazado de esquiador, desaparece en la noche rumbo a un improbable viaje, y los austriacos se entregan a la fiesta.

Por la mañana, en la estación de tren de Salzburgo, solo hay un cordón policial. El tiempo es húmedo y frío. El coche que traslada a Schuschnigg bordea el campo de aviación y enfila la carretera nacional; el gran cielo gris lo invita a ensimismarse. Su ensoñación se abandona a las oscilaciones del coche, se entrevera con los copos de escarcha. Toda vida es miserable y solitaria; todos los caminos son tristes. Se aproximan a la frontera, a Schuschnigg le asalta una brusca aprensión; tiene la sensación de hallarse al borde de la verdad; mira el cráneo de su chófer.

En la frontera ha acudido a recibirle Von Papen. Su largo rostro elegante tranquiliza al canciller. Mientras sube al coche, Von Papen le anuncia que tres generales alemanes asistirán a la conferencia. «Supongo que no tendrá usted inconveniente», le espeta con displicencia. El intento de intimidación es grosero. Las maniobras más brutales nos dejan sin voz. Uno no se atreve a decir nada. Un ser demasiado educado, demasiado tímido, en lo más hondo de nuestro interior, contesta en vez de nosotros; dice lo contrario de lo que habría que decir. Así pues, Schuschnigg no protesta y el coche prosigue su camino como si tal cosa. Mientras su mirada muerta transita por el arcén, los adelanta un camión militar, seguido por dos coches blindados de las SS. Al canciller austriaco le invade una sorda angustia. ¿Qué ha venido a hacer a ese avispero? El coche asciende lentamente hacia Berchtesgaden. Schuschnigg observa la copa de los pinos tratando de dominar su malestar. Calla. Tampoco Von Papen dice una palabra. Luego el coche llega al Berghof, la portezuela se abre y vuelve a cerrarse. Schuschnigg tiene la sensación de haber caído en una horrible trampa.

La entrevista en el Berghof

Hacia las once de la mañana, tras un remolineo de cumplidos, las puertas del despacho de Adolf Hitler se cierran tras el canciller de Austria. Tiene lugar entonces una de las escenas más fantásticas y grotescas de todos los tiempos. Tan solo contamos con un testimonio de lo que ocurrió. El de Kurt von Schuschnigg.

En el capítulo más doloroso de sus memorias, *Réquiem por Austria*, tras una cita de Tasso un tanto pedante, su pequeño relato arranca en una de las ventanas del Berghof. El canciller austriaco, que acaba de sentarse invitado por el Führer, cruza y descruza las piernas, un poco incómodo. Se siente embotado, privado de fuerzas. La angustia de antes sigue presente, suspendida en el artesonado del techo, oculta bajo las butacas. Como no sabe muy bien qué decir, Schuschnigg vuelve la cabeza y alaba las vistas; a continuación evoca, entusiasta, las decisivas conversaciones que habrán tenido lugar en ese despacho. Hitler lo interrumpe de inmediato: «¡No estamos aquí para hablar de las vistas ni del tiempo!». Schuschnigg se queda paralizado; intenta entonces salvar la situación mediante una relamida y penosa perorata, evocando el mustio acuerdo austro-germano de julio de 1936, como si hubiera acudido allí solo para aclarar pequeñas dificultades pasajeras. Por último, en un desesperado arranque, aferrándose a su buena fe como a una mísera tabla de salvación, el canciller austriaco declara haber impulsado en estos últimos años una política alemana, ¡resueltamente alemana, sí! Ahí es donde lo esperaba Hitler.

«¡Ah! ¿A eso llama usted una política alemana, señor Schuschnigg? ¡No solo no ha aplicado una política alemana, sino que ha hecho todo lo posible por evitarla!», vocifera. Y tras una torpe justificación de Schuschnigg, Hitler, fuera de sí, va más allá: «Además, Austria no ha hecho nunca nada beneficioso para el Reich. Su historia es una serie ininterrumpida de traiciones».

De inmediato a Schuschnigg se le humedecen las manos. ¡Y qué grande se le antoja la estancia! No obstante, todo a su alrededor parece tranquilo. El tapizado de las butacas es vulgar, los cojines demasiado blandos, el revestimiento de madera de las paredes regular, las pantallas de las lámparas lucen pequeñas borlas. De repente, Schuschnigg está solo en la hierba fría, bajo el gran cielo invernal, frente a las montañas. La ventana se torna inmensa. Hitler lo mira con sus ojos pálidos. Schuschnigg cruza de nuevo las piernas y se ajusta las gafas.

Por el momento, Hitler lo llama «señor», y Schuschnigg, imperturbable, sigue

llamándolo «canciller»; Hitler lo ha mandado a paseo, y Schuschnigg, para justificarse, se ha jactado de aplicar una política alemana; ahora resulta que el canciller insulta a Austria, llega incluso a vociferar que su contribución a la historia alemana es nula, y Schuschnigg, tolerante, magnánimo, en vez de darse media vuelta y poner fin a la conversación, busca desesperadamente en su memoria, como un buen alumno, un ejemplo de la famosa contribución austriaca a la Historia. A toda prisa, angustiadísimo, hurga en los bolsillos de los siglos. Pero su memoria está vacía, el mundo está vacío, Austria está vacía. Y Hitler lo escruta con la mirada. En esas condiciones, ¿qué podrá encontrar, acuciado por su desespero? A Beethoven. Encuentra al bueno de Ludwig van Beethoven, el sordo irascible, el republicano, el solitario desesperado. Extrae de su retiro a Beethoven, el hijo de alcohólico, el *moreno*. Kurt von Schuschnigg, el canciller de Austria, el pequeño aristócrata racista y timorato, lo saca del bolsillo de la Historia y lo agita de pronto como un trapo blanco ante la cara de Hitler. Pobre Schuschnigg. Ha ido a buscar a un músico contra el delirio, ha ido a buscar la *Novena sinfonía* contra la amenaza de una agresión militar, ha ido a buscar las tres pequeñas notas de la *Appassionata* para demostrar que Austria ha desempeñado un auténtico papel en la Historia.

«Beethoven no es austriaco», le replica Hitler, soltando un inesperado picotazo, «es alemán».

Y tiene razón. Schuschnigg no había caído en la cuenta. Beethoven es alemán, no cabe duda. Nació en Bonn. Y Bonn, por más que uno haga, por más que uno tire discretamente del mantel o rebusque en todos los anales de la Historia, nunca ha sido una ciudad austriaca, en absoluto. ¡Bonn está tan lejos de Austria como París! Es como decir que Beethoven es rumano, o incluso ucraniano, viene a ser lo mismo. ¿Y por qué no croata, ya puestos, o marsellés?, porque, bien mirado, Marsella no queda mucho más lejos de Viena.

«Es verdad», balbuce Schuschnigg, «pero es austriaco de adopción».

Decididamente, aquello distaba bastante de ser una reunión de jefes de Estado.

Hacía un tiempo desapacible. La entrevista finalizó. Tuvieron que almorzar mano a mano. Bajaron juntos la escalera. Antes de entrar en el comedor del Berghof, a Schuschnigg le llamó la atención un retrato de Bismarck: el párpado izquierdo del gran canciller cae inexorablemente sobre el ojo, la mirada es fría, displicente; la piel parece fláccida. Entraron en el comedor, se sentaron; Hitler en medio de la mesa, el canciller austriaco frente a él. El almuerzo transcurrió sin sobresaltos. Hitler parecía relajado, estuvo incluso locuaz. En un arranque pueril, contó que iba a mandar construir en Hamburgo *el mayor puente del mundo*. Acto seguido, al parecer incapaz de refrenarse, agregó que ordenaría construir en esa ciudad *los rascacielos más altos*, y que así los americanos comprobarían que en Alemania se construye más a lo grande y mejor que en Estados Unidos. Tras lo cual, pasaron al salón. Sirvieron el café dos

jóvenes SS. Finalmente, Hitler se retiró, y de inmediato el canciller austriaco se puso a fumar como un carretero.

Las fotografías de Schuschnigg que poseemos nos muestran dos rostros: un rostro displicente, austero, y otro más tímido, contenido, casi soñador. En una célebre fotografía aparece con los labios apretados, el aire abismado, el cuerpo en una suerte de abandono, de decaimiento. La foto está tomada en Ginebra en 1934, en sus habitaciones. Schuschnigg está de pie, tal vez inquieto. Sus facciones traslucen cierta languidez, indecisión. Se diría que sostiene en la mano una hoja de papel, pero ahí la imagen no es muy nítida y una mancha oscura se come la parte inferior de la foto. Si se mira con atención, se ve que la solapa de un bolsillo de la chaqueta queda arrugada por su brazo, y se divisa un extraño objeto, quizá una planta, que invade la zona derecha de la imagen. Pero esa fotografía, tal como acabo de describirla, no la conoce nadie. Para verla hay que acudir a la sección de estampas y fotografías de la Biblioteca Nacional de Francia. La que conocemos ha sido recortada y encuadrada. De modo que, salvo algún ayudante de archivero encargado de clasificar y conservar los documentos, nadie ha visto nunca la solapa mal cerrada del bolsillo de Schuschnigg, ni el extraño objeto —una planta o a saber el qué— a la derecha de la foto, ni la hoja de papel. Una vez encuadrada, la fotografía produce una impresión muy diferente. Cobra una especie de carácter oficial, un viso de decencia. Ha bastado eliminar unos insignificantes milímetros, un trocito de verdad, para que el canciller de Austria parezca más serio, menos azorado que en el cliché original; como si el hecho de haber acercado un poco el campo de visión, borrado algún elemento desordenado, para concentrar la atención en él, confiriese a Schuschnigg una pizca de densidad. Es tal el arte del relato que nada es inocente.

Pero ahora, en el Berghof, huelga hablar de densidad y de decencia. Aquí solo hay un único encuadre válido, solo hay un arte de convencer, una manera de obtener lo que se desea: el miedo. Sí, aquí lo que impera es el miedo. Se han acabado las amables alusiones, las formas contenidas de la autoridad, las apariencias. Entonces, el pequeño *junker* tiembla. Para empezar, se hace cruces de que se atrevan a hablarle así a él, a Schuschnigg. Como se lo confesará poco después a uno de sus hombres, por lo demás, se siente insultado. Aun así, no se marcha, no da muestras de la menor indignación, solo fuma. Fuma pitillo tras pitillo.

Transcurren dos largas horas. Después, a eso de las cuatro, Schuschnigg y su consejero son invitados a reunirse con Ribbentrop y Von Papen en una habitación contigua. Les presentan unos artículos de un nuevo acuerdo entre ambos países, precisando que son las últimas concesiones posibles del Führer. Pero ¿qué exige ese acuerdo? De entrada, exige —merced a una fórmula vacía y poco comprometida— que Austria y el Reich se consulten sobre los asuntos internacionales que atañan a ambas partes. Exige —y ahí es donde empiezan a complicarse las cosas— que en Austria se autoricen las ideas nacionalsocialistas y que Seyss-Inquart, un nazi, sea nombrado ministro del Interior, y con plenos poderes: una injerencia inconcebible.

También exige que el doctor Fischböck, un nazi notorio, sea nombrado asimismo miembro del gobierno. Exige a continuación la amnistía para todos los nazis encarcelados en Austria, incluidos los nazis criminales. Exige que a todos los funcionarios y oficiales nacionalsocialistas se les restituyan los derechos de que gozaban anteriormente. Exige el inmediato intercambio de un centenar de oficiales entre los dos ejércitos y el nombramiento del nazi Glaise-Horstenau como ministro austriaco de la Guerra. Y, en fin, exige —postrer afrenta— la destitución de los directores de propaganda austriacos. Tales medidas deberán hacerse efectivas en ocho días, a cambio de lo cual —sublime concesión— «Alemania reafirma la independencia de Austria y su adhesión a los convenios de julio de 1936», que quedan ya totalmente vacíos de contenido. Luego, para acabar, fórmula inaudita después de lo que acaba de leerse: «Alemania renuncia a toda intromisión en la política interior de Austria». Es como estar soñando.

Entonces se entabla la discusión, y Schuschnigg intenta dulcificar las exigencias alemanas; pero, sobre todo, quiere salvar la cara. Desplazan y tocan algunos puntos y detalles. Parecen sapos en torno a una charca que se pasan el mismo ojo y el mismo diente para utilizarlos alternativamente. Al final, Ribbentrop consiente en enmendar tres artículos introduciendo, tras laboriosas negociaciones, cambios sin importancia. De repente se interrumpe la discusión: Hitler ordena llamar a Schuschnigg.

La luz de las lámparas inunda el despacho. Hitler lo recorre a zancadas. El canciller austriaco vuelve a sentirse incómodo. Y tan pronto como se sienta, Hitler lo agrede, anunciándole que acepta un último intento de conciliación. «Este es el proyecto», dice, «no habrá negociación. ¡No cambiaré una coma! O firma usted, o no tiene sentido que prosigan estas conversaciones. Tomaré mi decisión esta noche». El Führer muestra su expresión más grave y siniestra.

El canciller Schuschnigg se enfrenta ahora a su instante de oprobio o de gracia. ¿Cederá a esa maquinación mediocre y aceptará el ultimátum? El cuerpo es un instrumento de goce. El de Adolf Hitler se agita enajenado. Es rígido como un autómata y virulento como un escupitajo. El cuerpo de Hitler debió de penetrar en los sueños y las conciencias, uno cree encontrarlo en las sombras del tiempo, en las paredes de las cárceles, arrastrándose bajo los catres de tijera, dondequiera que los hombres han grabado las siluetas que los obsesionan. Así, quizá en el momento en que Hitler arroja a la cara de Schuschnigg su ultimátum, en el momento en que la suerte del mundo, a través de las coordenadas del tiempo y del espacio, queda un instante, un solo instante, en manos de Kurt von Schuschnigg, a unos cientos de kilómetros de allí, en su asilo de Ballaigues, Louis Soutter dibujaba con los dedos en un mantel de papel una de sus oscuras danzas. Repulsivos y terribles monigotes se

agitan en el horizonte del mundo donde rueda un sol negro. Corren y huyen en todas direcciones esqueletos, fantasmas surgiendo de la bruma. Pobre Soutter. Llevaba ya más de quince años en su asilo de ancianos, quince años dibujando sus angustias en míseros trozos de papel, sobres usados, extraídos de la papelera. Y en aquel instante en que en el Berghof se dirime el destino de Europa, sus pequeños personajes oscuros, retorciéndose como alambres, me parecen un presagio.

Soutter había regresado de una larga estancia lejos de su casa, lejísimos, en el extranjero, en la otra punta del mundo, en un inquietante estado de deterioro. Tras lo cual malvivió como pudo. Músico en *thés-dansants* durante la temporada turística, comenzó a perseguirle una fama de loco dondequiera que fuese. Su rostro adoptó una profunda expresión de melancolía. Y fue internado en el asilo de ancianos de Ballaigues. De vez en cuando se fugaba; cuando lo encontraban, en los huesos, medio muerto de frío, volvían a internarlo. Arriba, en su habitación, se amontonaba una monstruosa pila de bocetos donde aparecían seres negros, deformes, grandes inválidos palpitantes. Su propio cuerpo estaba enflaquecido, baldado por largas caminatas en la campiña. Sus mejillas se veían hundidas, cavernosas; se había quedado sin dientes. Incapaz ya de sostener un pincel o una pluma para dibujar, debido a la artrosis que le deformaba las manos, casi ciego, empezó a pintar con los dedos, untándolos en tinta, allá por 1937. Tenía casi setenta años. Aquellas fueron sus obras más hermosas; se puso a pintar cohortes de figuras negras, convulsas, frenéticas. Parecían racimos de sangre. Bandadas de saltamontes. Y aquella agitación desaforada habitaba en la mente de Louis Soutter; era una suerte de obsesión que le aterraba. Pero si pensamos en lo que sucedía en Europa, en lo que sucedía a su alrededor, durante aquellos largos años de reclusión en Ballaigues, en el Jura, cabe pensar que aquel largo riachuelo de cuerpos oscuros, retorcidos, dolientes y gesticulantes, aquellos collares de cadáveres, algo auguran. Da la impresión de que el pobre Soutter, encerrado en su delirio, tal vez sin saberlo, filma con los dedos la lenta agonía del mundo que lo rodea. Da la sensación de que el anciano Soutter hace desfilar al mundo entero, a los espectros del mundo entero, tras un mísero coche fúnebre. Todo se transforma en llamas y en espesas humaredas. Moja sus dedos retorcidos en el frasquito de tinta y nos muestra la verdad muerta de su tiempo. Una gran danza macabra.

En el Berghof se hallaban muy lejos de Louis Soutter, muy lejos de su timidez extraña, muy lejos del comedor de Ballaigues. Allí llevaban a cabo una tarea más innoble. En ese preciso minuto en que Louis Soutter mojaba tal vez sus martirizados dedos en su frasco de tinta negra, Schuschnigg miró fijamente a Adolf Hitler. Más adelante escribirá en su libro de recuerdos que Hitler ejercía sobre los hombres un influjo mágico. Y añadirá: «El Führer atraía a los demás merced a una fuerza magnética, para luego rechazarlos con tal violencia que se abría entonces un abismo que nada podía colmar». Salta a la vista que Schuschnigg no escatima las explicaciones esotéricas. Eso justifica su debilidad. El canciller del Reich es un ser

sobrenatural, el ser al que la propaganda de Goebbels quisiera mostrarnos, una criatura quimérica, aterradora, inspirada.

Al final, Schuschnigg cedió. Hizo algo incluso peor. Balbuceó. Luego declaró que estaba dispuesto a firmar, pero puso una objeción, la más tímida y abúlica posible, la más pusilánime también: «Pero debo señalarle una cosa», añadió, con una mezcla perceptible de malicia y de debilidad que debió de desfigurarlo, «y es que con esa firma no va a adelantar usted nada». En aquel instante, debió de saborear la sorpresa que se llevó Hitler. Debió de saborear la única chispa de superioridad sobre Adolf Hitler que pudo arrancarle al destino. Sí, debió de gozar, él también, pero de otra manera, como un caracol tal vez, con sus blandos cuernos. Sí, debió de gozar. El silencio que sobrevino a su réplica duró una eternidad. Schuschnigg saboreó su faceta invencible, por otra parte minúscula. Y se revolvió en su butaca.

Hitler lo miró desconcertado. ¿Qué le estaba diciendo? «Según nuestra Constitución», reiteró entonces Schuschnigg, en tono doctoral, «solo la más alta autoridad del Estado, es decir, el presidente de la República, puede nombrar a los miembros del gobierno. También la amnistía es prerrogativa suya». O sea que era eso, no se contentaba con ceder ante Adolf Hitler, necesitaba también atrincherarse tras otra persona. De pronto, el pequeño autócrata, en el momento en que su poder se volvía envenenado, consentía en compartirlo.

Pero lo más extraño fue la reacción de Hitler, que balbuceó a su vez: «Entonces tiene usted derecho…», como si no acabara de entender lo que sucedía. Las objeciones de derecho constitucional lo rebasaban. Y él, que, en aras de su propaganda, procuraba conservar las apariencias, debió de sentirse bruscamente desorientado. El derecho constitucional es como las matemáticas, no permite hacer trampas. Balbuceó de nuevo: «Debe usted…». Y entonces fue sin duda cuando Schuschnigg disfrutó realmente de su victoria. ¡Por fin lo tenía atrapado! Con su derecho, lo tenía atrapado, ¡con sus estudios de derecho, con su licenciatura! Ya estaba, el brillante abogado había atrapado al pequeño agitador ignorante. Sí, el derecho constitucional existe, y no es para las termitas o los ratoncillos, no, es para los cancilleres, los auténticos hombres de Estado, ¡porque una norma constitucional, señor mío, le cierra el camino tan poderosamente como un tronco de árbol o un cordón policial!

Entonces Hitler, en extremo estado de excitación, abrió brutalmente la puerta de su despacho y vociferó en el vestíbulo: «¡General Keitel!». Acto seguido se volvió hacia Schuschnigg y le espetó: «Le mandaré llamar luego». Schuschnigg salió, y la puerta se cerró tras él.

En el proceso de Núremberg, el general Keitel relató la escena que siguió. Fue el

único testigo. Cuando el general entró en el despacho, Hitler se limitó a decirle a Keitel que se sentara, y él se sentó a su vez. Tras las misteriosas puertas de madera, el Führer le declaró que no tenía nada especial que decirle, y permaneció un rato inmóvil y en silencio. Nadie se movía ya. Hitler se hallaba absorto en sus pensamientos y Keitel seguía sentado, a su lado, sin decir nada. Y es que, para el canciller, Keitel era un peón, un simple peón, sin más, y lo utilizaba como tal. De ahí que, por curioso que pudiese parecer, en el transcurso de los largos minutos que duró aquella consulta, no ocurrió nada, estrictamente nada. Al menos eso contó Keitel.

Durante ese rato, Schuschnigg y su consejero se temen lo peor. Incluso se plantean la posibilidad de que les arresten. Transcurren cuarenta y cinco minutos…, siguen discutiendo con Ribbentrop y Von Papen, maquinalmente, las cláusulas del acuerdo; pero ¿para qué, si Hitler ha declarado que no iba a cambiar ni una coma? Para Schuschnigg debe de ser un modo de tranquilizarse, la situación ha de parecer a toda costa la más normal del mundo. Así pues, sigue actuando como si se tratara de una auténtica conferencia entre jefes de Estado, como si él siguiera siendo el representante de un país soberano. En realidad, lo que hace es evitar conferir a su penosa situación un carácter oficial que la tornaría irremediable.

Al final, Hitler manda llamar de nuevo a Kurt von Schuschnigg. Y ahí, misterios del arte de agradar, en el que se insufla el calor después del frío, en el que la tonalidad cambia de un acto a otro, de repente han desaparecido los escollos. «He decidido, por vez primera en mi vida, replantearme una decisión», espeta Adolf Hitler, como quien otorga un inmenso privilegio. Puede que en ese instante Hitler sonría. Cuando los gánsteres o los locos furiosos sonríen, cuesta oponerles resistencia; uno quiere acabar cuanto antes con la causa de sus desdichas, uno quiere paz. Además, entre dos episodios de torturas morales, una sonrisa posee sin duda un encanto particular, como cuando escampa una tormenta. «Eso sí, se lo repito», agrega Hitler, mezclando de repente la gravedad con la confidencia, «este es el ultimísimo intento. Espero que este acuerdo entre en vigor en un plazo de tres días». Y llegados ahí, pese a que no solo nada ha cambiado, sino que incluso las modificaciones de detalle no se tendrán en cuenta, y pese a que el plazo de expiración del ultimátum acaba de acortarse injustificadamente cinco días, Schuschnigg acepta sin chistar. Agotado, como si acabara de obtener una concesión, se resigna a un acuerdo más calamitoso que el primero.

Una vez enviados los documentos a la cancillería, la conversación prosiguió amablemente. Hitler pasó a llamar a Schuschnigg «señor canciller», lo cual era el colmo. Por último, firmaron las copias mecanografiadas, y el canciller del Reich propuso a Schuschnigg y a su consejero que se quedaran a cenar. Declinaron

cortésmente la invitación.

Cómo no decidir

Durante los días siguientes, el ejército alemán realizó maniobras de intimidación. Hitler había pedido a sus mejores generales que simularan que estaban preparando una invasión. Algo de lo más inusitado; sin duda se han conocido toda suerte de simulacros a lo largo de la historia militar, pero este presenta otro cariz. No cabe incluirlo en el ámbito de la estrategia o de la táctica militar, no, nadie está todavía en guerra. Es una simple maniobra psicológica, una amenaza. Imaginar a los generales alemanes prestándose a una ofensiva puramente teatral es algo sorprendente. Probablemente hicieron rugir los motores, zumbar las hélices, y después, guasones, ordenaron a los camiones que se pasearan vacíos cerca de la frontera.

En Viena, en el despacho del presidente Miklas, el miedo sube de punto. Las maniobras surten el efecto deseado. El gobierno austriaco llega a la conclusión de que los alemanes, a todas luces, se disponen a invadirlos. Se barajan toda clase de locuras. Creen poder apaciguar a Hitler entregándole su ciudad natal, Braunau am Inn, con sus diez mil habitantes, su fuente de los Pescadores, su hospital, sus cervecerías. Sí, regalémosle su ciudad natal, su casa natal, con sus bonitas impostas en forma de concha. ¡Regalémosle un pedazo de sus recuerdos y que nos deje en paz! Schuschnigg no sabe ya qué inventar para conservar su pequeño trono. Temiendo la inminencia de la agresión alemana, Schuschnigg suplica a Miklas que acepte el acuerdo y nombre a Seyss-Inquart ministro de Interior. Seyss-Inquart no es ningún monstruo, asegura Schuschnigg, es un nazi moderado, un auténtico patriota. Al fin y al cabo, seguiríamos entre gente de buena familia; y es que Seyss-Inquart y Schuschnigg, el pequeño dictador al que Hitler tiraniza, son casi amigos. Los dos estudiaron derecho, juntos hojearon las *Instituciones* de Justiniano, y redactaron, el uno, un pequeño texto erudito sobre los bienes sin dueño, misterioso objeto jurídico heredado de los romanos, el otro, un notable informe sobre no sé qué punto polémico del derecho canónico. Además, ambos aman la música, con locura. Son admiradores de Bruckner y, juntos, con frecuencia evocan su lenguaje musical en los despachos de la cancillería, en el mismo lugar en que se celebró el Congreso de Viena, a lo largo de los corredores por los que Talleyrand arrastró sus borceguíes puntiagudos y su lengua de víbora. Schuschnigg y Seyss-Inquart hablan de Bruckner a la sombra de Metternich, ese otro especialista de la paz; hablan de la vida de Anton Bruckner, de su vida llena de piedad y de modestia. Ante esas palabras, las gafas de Schuschnigg se empañan, se le enronquece la voz. Tal vez piensa en su primera esposa, en el terrible accidente de coche, en los años de remordimientos y tristeza. Seyss-Inquart se

alza las gafitas de escarabajo y rumia largas frases mientras roza las ventanas del vestíbulo. Susurra con cierta emoción que Bruckner —el pobrecillo— estuvo internado, durante tres meses; Schuschnigg agacha entonces la cabeza; y Seyss-Inquart, pensativo, con una especie de latido en una vena de la frente, relata que Anton Bruckner, durante sus largos, larguísimos y monótonos paseos, contaba las hojas de los árboles, que, con una suerte de empecinamiento secreto y estéril, pasaba de un árbol a otro y veía crecer con angustia, atormentado, el número de hojas. Pero también enumeraba los adoquines, las ventanas de los edificios, y cuando conversaba con una dama, no podía evitar contar rápidamente las perlas de su collar. Contaba los pelos de su perro, los cabellos de los transeúntes, las nubes del cielo. Aquello fue calificado de neurosis obsesiva; era como un fuego que lo consumía. Por ejemplo, añade Seyss-Inquart mientras contempla las lámparas de araña del gran vestíbulo, Bruckner aislaba sus temas musicales mediante silencios sarcásticos. E incluso se diría que sus sinfonías proceden de una sabia disposición, una sucesión regular de temas. Aparecen en ellas, murmura Seyss-Inquart pasando la mano por la barandilla de la gran escalera, particulares cadencias que responden a una base lógica tan firme, tan implacable, que le resultó imposible acabar su *Novena sinfonía*. Tuvo que abandonar el último movimiento de esta durante dos años; y su incesante labor de corrección en ocasiones dejó tras él diecisiete versiones de un mismo pasaje.

Schuschnigg debía de estar fascinado por ese delirante sistema compuesto de dudas y arrepentimientos. Tal vez por eso a Seyss-Inquart y a él les gustaba por encima de todo charlar —da fe de ello un testimonio— sobre la *Novena sinfonía* de Bruckner, con sus cobres grandiosos, su silencio inusitado, y el soplo del clarinete, y ese momento en que los violines escupen sus estrellitas de sangre. Evocaban también a Furtwängler, su frente muy alta, su aire tan dulce de músico, y aquella pequeña batuta que sostiene como una ramita. Y acababan hablando de Nikisch; y a través de Arthur Nikisch, que interpretó a Beethoven bajo la dirección de Richard Wagner, a través de la batuta de Arthur Nikisch, muy sencilla pero capaz de desarrollar los más ricos sonidos en la orquesta, como si merced a un gesto minúsculo y soberano fuera a liberar la entrañas de la obra misma de los caracteres de tinta de la partitura, a través de Nikisch, que fue dirigido por Liszt, uno de cuyos maestros fue Salieri, la providencia les tendía a Beethoven, a Mozart y, en lo más hondo de su delirio, adivinaban a Haydn, rozando así la más fría miseria. Porque Haydn, mucho antes de ser el inagotable compositor de óperas, de sinfonías, de misas, de oratorios, de conciertos, de marchas y de danzas que conocemos, fue el desdichado hijo de un carretero y una cocinera, un pobre vagabundo en el arroyo de Viena, cuyos servicios se contrataban para entierros y bodas. Pero esa miseria no entra en el ámbito de Schuschnigg y de Seyss-Inquart, no, ellos prefieren tomar otros derroteros y recorrer, con Liszt, los salones de la hermosa Europa.

Para Seyss-Inquart, el paseo terminará no obstante bastante peor que para Schuschnigg, y tras ser destinado a Cracovia y a La Haya, pondrá fin en Núremberg a

su lastimosa trayectoria como comparsa. Y allí, por supuesto, lo negará todo rotundamente. Él, que será uno de los principales protagonistas de la incorporación de Austria al Tercer Reich, no ha hecho nada; él, que recibirá el grado honorario de *Gruppenführer* de las SS, no ha visto nada; a él, que ejercerá de ministro sin cartera en el gobierno de Hitler, no le han dicho nada; él, que será representante del gobernador general de Polonia, implicado en la brutal pacificación del movimiento de resistencia polaco, no ha ordenado nada; él, que finalmente será nombrado comisario del Reich en los Países Bajos y mandará ejecutar, según reza la acusación de Núremberg, a más de cuatro mil personas, antisemita sincero que erradicó a los judíos de todos los puestos de responsabilidad, él, que no es ajeno a las medidas que culminarán con la muerte de unos cien mil judíos holandeses, no sabía nada. Y mientras suenan las trompetas —en esta ocasión para él—, recobra sus modales de abogado, se defiende, esgrime un documento, luego otro, hojea, meticuloso, legajos de pruebas.

El 16 de octubre de 1946, a los cincuenta y cuatro años, él, el hijo del director de escuela Emil Zajtich, que abandonó ese apellido para adoptar un patronímico más alemán, él, que pasó su primera niñez en Stannern, Moravia, y se mudó a Viena a la edad de nueve años, vuelve a encontrarse de pie ante el vacío, en Núremberg. Y allí, en el patíbulo, tras pasar semanas en su celda, vigilado día y noche, bajo un foco cegador como un sol de hielo, tras haber sido informado durante la noche de que vivía sus últimos momentos, tras bajar los últimos escalones camino del patio, avanzar, con paso inseguro, en fila, entre soldados, y subir en último lugar al patíbulo, helo aquí, a Seyss-Inquart, siguiendo a la celadora dando traspiés. En el barracón donde se yerguen las horcas, y que semeja un sórdido cobertizo, pasa primero Ribbentrop. Ya no altivo, como solía serlo, ya no inflexible como durante las negociaciones del Berghof, sino abrumado por la inminencia de la muerte. Un viejo renqueante.

Luego pasaron los otros ocho, hasta que le llegó el turno a él, Seyss-Inquart. Da un paso hacia el verdugo. Es John C. Woods, que será para él el último testigo. Y bajo los focos, Seyss-Inquart, cual mariposa deslumbrada, divisa de pronto la gruesa cara de Woods. Un informe médico revela, en una jerga contradictoria y afectada, que Woods era un poco deficiente mental, pero ¿quién iba a ser capaz, si no, de realizar semejante tarea? Otros testimonios hablan de un pobre tipo, alcohólico y charlatán. Se cuenta, por ejemplo, que al final de su carrera de verdugo, tras quince años de leales servicios, se jactaba, tras ingerir su decena de *whiskies*, de haber ejecutado en la horca a trescientos cuarenta y siete reos, una cifra cuestionada. El caso es que, ese día de octubre, ha ahorcado ya a mucha gente desde sus modestos inicios; y una fotografía nos lo muestra otro día de 1946 en el que, secundado por Johann Reichhart, a su vez un facineroso, procedió a la ejecución de una treintena de

condenados; la fila izquierda para Woods, la derecha para Reichhart, que había ejecutado ya a miles de personas durante el Tercer Reich y a quien los norteamericanos habían reclutado para la causa por necesidad. Así pues, esa faz, rubicunda, rolliza —ya que la muerte nos ofrece al fin y al cabo aquello de lo que dispone—, fue para Seyss-Inquart la de la guadaña.

Entonces Seyss-Inquart busca las palabras; pero ¿dónde están? Concluidos los galimatías de salón, las órdenes, los argumentos de sala de audiencias, tan solo queda una frase. Una frase insignificante. Palabras tan pobres que a través de ellas se ve la luz y que concluyen con una fórmula extraña: «Creo en Alemania». Y Woods le encasqueta finalmente la capucha en la cara y le coloca el nudo corredizo, antes de accionar la trampilla. Y Seyss-Inquart —en medio de un mundo en ruinas— desaparece brutalmente en el agujero.

Un intento desesperado

Pero aún no estamos a 16 de febrero de 1938. Unas horas antes de que expire el ultimátum, Miklas, recluido en su palacio presidencial, cede a su vez. Se amnistía a los asesinos de Dollfuss, se nombra a Seyss-Inquart ministro del Interior y las SA desfilan por las calles de Linz ondeando grandes banderas. Sobre el papel, Austria ha muerto; ha caído bajo la tutela alemana. Pero, como salta a la vista, nada tiene allí la densidad de la pesadilla, tampoco la refulgencia del terror. Tan solo el aspecto pegajoso de los trapicheos y la impostura. Ni altanería violenta, ni palabras terribles e inhumanas; únicamente la amenaza, brutal; la propaganda, repetitiva y vulgar.

Sin embargo, unos días después, de pronto Schuschnigg se irrita; ese acuerdo forzado se le ha quedado atravesado en la garganta. En un postrer arrebato, declara en el Parlamento que Austria se mantendrá independiente y que no habrá más concesiones. El ambiente se envenena. Miembros del partido nazi salen a la calle, donde siembran el terror. La policía no interviene, pues Seyss-Inquart, el nazi, es ya ministro del Interior.

Nada peor que esas multitudes amargadas, esas milicias con sus brazaletes, sus insignias militares, una juventud atrapada en falsos dilemas que dilapida su furia en una espantosa aventura. En ese momento Schuschnigg, el pequeño dictador austriaco, juega su última carta. Sí, y eso que debe de saber muy bien que, en toda partida, existe una fase crítica pasada la cual resulta imposible rehacerse; solo queda ver al adversario echar puñados de triunfos y recoger las bazas: las damas, los reyes, todo cuanto uno no ha sabido jugar a tiempo y se ha guardado febrilmente con la esperanza de no perderlo. Porque Schuschnigg no es nada. No aporta nada, no es amigo de nada, no es la esperanza de nada. Es más: posee todos los defectos, la arrogancia de la aristocracia y unas ideas políticas de lo más retrógradas. Una persona que ocho años atrás acaudilló a un grupo juvenil paramilitar, que bailó sobre el cadáver de la libertad, ¡no puede pretender que de improviso esta vuele en su auxilio! Ningún rayo de sol atravesará bruscamente su noche, ninguna sonrisa aflorará a la faz del espectro para alentarlo a cumplir su último deber. Ninguna frase digna de labrarse en mármol brotará de su boca. Ni una brizna de conmiseración, ni una chispa de luz, nada. Su cara no se inundará de lágrimas. Schuschnigg no es más que un jugador de cartas, un mísero calculador, incluso pareció creer en la sinceridad de su vecino alemán, en la lealtad de los acuerdos que, no obstante, acababan de imponerle mediante la extorsión. Se amedrenta un poco tarde; invoca a las diosas a las que escarneció, reivindica ridículos tratos en aras de una independencia ya muerta. No

quiso enfrentarse a la verdad. Y esta se presenta ahora ante él, muy cerca, horrible, inevitable. Esa verdad le escupe en la cara el secreto doloroso de sus compromisos.

Entonces, en un postrer gesto de ahogado, busca el apoyo de los sindicatos y del partido socialdemócrata, a sabiendas de que llevan cuatro años prohibidos. Así y todo, los socialistas arrostran el peligro y acceden a apoyarlo. Schuschnigg presenta de inmediato una propuesta de plebiscito sobre la independencia del país. Hitler está loco de rabia. El viernes 11 de marzo, a las cinco de la mañana, el criado de Schuschnigg lo despierta para vivir el que será el día más largo de su existencia. Pone los pies en el suelo. El parqué está frío. Se calza las pantuflas. Le anuncian amplias operaciones de las tropas alemanas. La frontera de Salzburgo está cerrada y se han interrumpido los transportes ferroviarios entre Alemania y Austria. Una culebra se desliza en las tinieblas. El cansancio de vivir es insoportable. De repente se siente muy viejo, espantosamente viejo; pero tendrá tiempo más que suficiente para meditar sobre todo ello, cumplirá siete años de cárcel bajo el Tercer Reich, y dispondrá de siete años para preguntarse si actuó bien al fundar antaño su grupito católico paramilitar, siete años para averiguar lo que es realmente católico y lo que no lo es, con el fin de separar la luz de las cenizas. Aunque goce de ciertos privilegios, el encierro es un terrible trance, por lo que, una vez liberado por los Aliados, llevará una vida apacible. Y —como si cada uno de nosotros pudiera haber dispuesto de dos vidas, como si el juego de la muerte pudiera destruir nuestros sueños, como si en la sombra de aquellos siete años hubiera preguntado a Dios: «¿Quién soy?» y Dios le hubiera respondido: «Eres otro»— el excanciller se establecerá en Estados Unidos y se convertirá en un estadounidense modelo, un católico modelo, un profesor de universidad modelo, en la universidad católica de Saint Louis. ¡Poco más y podría haber conversado en batín con McLuhan sobre la galaxia Gutenberg!

Un día al teléfono

A eso de las diez de la mañana, mientras Albert Lebrun, presidente de la República francesa, rubrica un decreto relativo a la denominación de origen controlada juliénas (el célebre decreto del 11 de marzo de 1938) y se pregunta, conforme su mirada resbala a lo largo de los batientes de la ventana de su despacho, si los vinos de Émeringes y de Pruzilly merecen realmente tal apelación, mientras llueve y pequeñas gotas golpean los cristales cual pieza pianística ejecutada por una mano principiante —medita Albert Lebrun en un arrebato poético—, mientras deposita el decreto sobre un enorme rimero de papeles, ¡un lío de narices!, y toma otro, el que fija el presupuesto de la Lotería Nacional para el siguiente ejercicio —debe de ser el quinto o el sexto que firma desde su toma de posesión, pues algunos decretos vuelven, como los vencejos a los grandes árboles de los muelles del río, a posarse en su escritorio cada año—; así, mientras Albert Lebrun cavila sin cesar bajo el inmenso egoísmo de su lámpara, en Viena el canciller Schuschnigg recibe un ultimátum de Adolf Hitler. O retira su proyecto de plebiscito, o Alemania invade Austria. Queda descartada cualquier objeción. Ya no cabe soñar con ser virtuosos, ahora habrá que quitarse el maquillaje y despojarse del disfraz. Transcurren cuatro interminables horas. A las dos de la tarde, Schuschnigg, tras mandar a paseo la comida, anula por fin el plebiscito. Uf. Todo podrá seguir igual que antes: los paseos a orillas del Danubio, la música clásica, la palabrería inconsistente, los dulces de Demel o de Sacher.

Pero no. El monstruo es más goloso que él. Ahora exige la inmediata dimisión de Schuschnigg y que Seyss-Inquart lo sustituya en el puesto de canciller de Austria. Nada menos. «¡Qué pesadilla!, ¡esto no acabará nunca!». En sus tiempos de prisionero de los italianos, de joven, durante la Primera Guerra Mundial, Schuschnigg debería haber leído los artículos de Gramsci en vez de novelas de amor; tal vez entonces se habría tropezado con estas líneas: «Cuando discutas con un adversario, procura meterte en su pellejo». Pero nunca se ha metido en el pellejo de nadie, a lo sumo se embutió el traje de Dollfuss, tras haberle lamido las botas durante unos años. ¿Ponerse en el lugar de alguien? ¡Ni le cabe en la cabeza a qué puede conducir eso! No se metió en el pellejo de los obreros apaleados, ni en el de los sindicalistas detenidos, ni en el de los demócratas torturados. ¡Ahora solo le falta meterse en el pellejo de los monstruos! Duda. Es el ultimísimo minuto de su última hora. Y después, como de costumbre, capitula. Lo suyo es la fuerza y la religión, el orden y la religión, dice que sí a todo lo que le piden. Basta con que no se lo pidan amablemente. Dijo no a la libertad de los socialdemócratas, con firmeza. Dijo no a la

libertad de prensa, con coraje. Dijo no al mantenimiento de un parlamento elegido. Dijo no al derecho a la huelga, no a las asambleas, no a la existencia de otros partidos que no fueran el suyo. Sin embargo, es el mismo hombre a quien después de la guerra la noble Universidad de Saint Louis, en Missouri, nombrará profesor de ciencias políticas. Seguro que sabía un montón de ciencias políticas, él que supo decir no a las libertades públicas. Así pues, transcurrido el breve minuto de vacilación —mientras en la cancillería penetra una cuadrilla de nazis—, Schuschnigg el intransigente, el hombre del no, la negación hecha dictador, se vuelve hacia Alemania, la voz ahogada, la jeta colorada, los ojos húmedos, y pronuncia un débil «sí».

¡Por fin! No podía hacerse otra cosa, nos confiesa en sus memorias. Cada cual se consuela como puede. Por lo tanto, se persona en el palacio presidencial, en el fondo aliviado, contrito pero aliviado. Acude para presentar su dimisión al presidente de la República, Wilhelm Miklas. Pero oh, sorpresa, hete aquí que Miklas, ese hijo de un pequeño funcionario de correos, a quien mantenían como presidente de la República de cara a la galería, que servía de tapadera y por lo general se limitaba a mantenerse discretamente junto a Dollfuss, y después junto a Schuschnigg, durante las ceremonias, hete aquí, decíamos, que el zopenco de Miklas rechaza su dimisión. ¡Mierda! Llaman por teléfono a Göring. Pero Göring está harto de los cretinos de los austriacos. ¡Solo quiere que lo dejen en paz! Hitler, en cambio, no opina lo mismo; Miklas tiene que aceptar, vocifera, con un auricular en cada mano; lo exige. Es curioso cómo, hasta el final, los tiranos más convencidos respetan vagamente las formas, como si quisieran dar la impresión de que no se saltan por las buenas los trámites administrativos mientras transitan abiertamente por encima de todas las normas. Se diría que el poder no les basta, y que experimentan un placer suplementario obligando a sus enemigos a cumplir, por última vez, los rituales del poder que ellos mismos están dinamitando.

¡La verdad es que se hace largo ese 11 de marzo! Tictac, tictac, la manecilla del reloj de encima del escritorio de Miklas prosigue, imperturbable, su minúsculo trabajo de carcoma. Miklas no ha sido nunca gran cosa, dejó que Dollfuss instalara su pequeña dictadura en Austria y ha podido conservar sin decir esta boca es mía su puesto de presidente. Cuentan que Miklas, en privado, vertía críticas sobre las violaciones de la Constitución —¡imagínate!—. Y, no obstante, es un tipo curioso ese Miklas, porque en el peor momento, hacia las dos de la tarde, el 11 de marzo, cuando empieza a cundir el canguelo entre la población, mientras Schuschnigg ya no para de decir sí, sí, sí, Miklas, mira por dónde, dice no. Y no dice no a tres sindicalistas, a dos directores de periódico, a un grupillo de amables diputados socialdemócratas; le dice no a Adolf Hitler. Extraño sujeto, Miklas. Él, que era tan poquita cosa, un simple comparsa, presidente de una república difunta desde hacía cinco años, se rebela de la noche a la mañana. Con su gruesa carota de notable, su bastón, su terno, su bombín y su reloj de bolsillo, ya no sabe decir sí. Con el hombre nunca se sabe; un pobre diablo puede de repente ponerse a rebuscar en lo más hondo de sí mismo, donde encuentra

una resistencia absurda, un pequeño clavo, una astilla. Y de pronto un tipo aparentemente sin grandes principios, un pánfilo sin amor propio, se encabrita. Bueno, no por mucho tiempo, pero aun así. El día será todavía largo para Miklas.

Hasta que, tras horas de presión, acaba por ceder. Los nazis respiran aliviados; ellos, que van pisando alfombras rojas con sus tanques, deseaban con toda el alma llegar a un acuerdo con Miklas. «Sí, Schuschnigg puede dimitir, bien, no daré marcha atrás». Sorprendente palinodia. En particular porque, apenas Miklas da su consentimiento, hacia las siete y media, apenas Schuschnigg cae en el pozo del olvido y los nazis, tranquilizados, se disponen a abrir de un sablazo una botella de tornasolado espumoso para celebrar la entronización de Seyss-Inquart, el bueno de Miklas les tira de la manga, a las siete y media y un minuto, para comunicarles que, si bien ha consentido en la dimisión del zoquete de Schuschnigg, se niega en redondo a nombrar a Seyss-Inquart.

Son las ocho pasadas. Entonces los alemanes, que, según dicen los manuales, ponían por encima de cualquier otra consideración un especial empeño en no amedrentar a la comunidad internacional (que por supuesto no se percata de nada), cansados de amenazar a Miklas, deciden olvidarlo. Tanto da que Seyss-Inquart no sea aún canciller; echarán mano de él en su calidad de ministro del Interior. Con el fin de que pueda ordenar a la Wehrmacht cruzar la frontera austriaca sin dar demasiado la impresión de transgredir las normas del derecho, piden a Seyss-Inquart que tenga a bien invitar a los alemanes a visitar su hermoso país, y hacerlo por la vía rápida y oficialmente. ¡Sí, claro!, Seyss-Inquart solo es ministro, pero puesto que el presidente Miklas no quiere nombrarlo canciller, habrá que saltarse un poco el protocolo. Por muy estricto que se sea con el derecho constitucional, las circunstancias son imperiosas, nada puede prevalecer contra ellas.

Así pues, esperan la llamada de Seyss-Inquart, el breve telegrama en el que solicitará a los nazis que acudan a echarle una mano. Son las ocho y media, y nada. El vino espumoso se desbrava en las copas de flauta. ¿Qué coño hace Seyss-Inquart? Esperaban que todo fuera rápido, que se apresurara a escribir su breve telegrama y que pudieran cenar de una vez. Hitler está fuera de sí, ¡lleva horas esperando! ¡Años a buen seguro! Entonces, a punto de estallar, exactamente a las ocho y cuarenta y cinco minutos, da la orden de invadir Austria. Al cuerno la invitación de Seyss-Inquart. ¡No la necesitamos! Al cuerno el derecho, al cuerno las cartas magnas, las constituciones y los tratados, al cuerno las leyes, esas pequeñas escorias normativas y abstractas, generales e impersonales, las concubinas de Hammurabi, que son, como dicen, las mismas para todos, ¡esas pelanduscas! ¿Acaso el hecho consumado no es el más consistente de todos los derechos? Invadiremos Austria sin pedir permiso a nadie, y lo haremos por amor.

Aun así, una vez decidida la invasión, discurren que, bien pensado, una invitación que cubra las formas resultará más segura. Redactan entonces un telegrama, el que les hubiera gustado recibir; así es el amor, por eso algunos se contentan con dictar a su

amante las cartitas con que ellos sueñan. Tres minutos después, Seyss-Inquart recibe pues el texto del telegrama que tendrá que enviar a Adolf Hitler. Y de este modo, merced a un sutil efecto retroactivo, la invasión se transmutaría en invitación. El pan debe convertirse en carne. El vino debe convertirse en sangre. Pero hete aquí —nueva sorpresa— que el muy servicial Seyss-Inquart no parece del todo dispuesto a vender la piel de Austria. Pasan los minutos, y el telegrama no llega.

Por fin, al cabo de un largo rosario de discusiones, encogiendo sus pesados hombros, cansado, asqueado sin duda, el viejo Miklas, hacia la medianoche, cuando los nazis se han hecho ya con los principales centros de poder, mientras Seyss-Inquart sigue negándose obstinadamente a rubricar su telegrama, y en la ciudad de Viena prosiguen las escenas de locura, agitadores asesinos, incendios, gritos, judíos arrastrados por el pelo en las calles cubiertas de escombros, mientras las grandes democracias parecen no ver nada, mientras Inglaterra se ha acostado y ronca apaciblemente, mientras Francia tiene hermosos sueños y a todo el mundo se la trae al pairo lo que ocurre, el viejo Miklas, a su pesar, acaba nombrando al nazi Seyss-Inquart canciller de Austria. Las mayores catástrofes se anuncian a menudo paso a paso.

Almuerzo de despedida en Downing Street

Al día siguiente, en Londres, Ribbentrop fue invitado por Chamberlain a un almuerzo de despedida. Tras pasar varios años en Inglaterra, el embajador del Reich acababa de ser ascendido. En lo sucesivo será ministro de Asuntos Exteriores. Así pues, acudió a pasar unos días en Londres para despedirse y devolver las llaves de su casa. Porque se cuenta que, antes de la guerra, Chamberlain, que poseía varios pisos, tenía a Ribbentrop de inquilino. De ese hecho anodino, de ese curioso conflicto entre la imagen y el hombre, de ese contrato por el cual Neville Chamberlain, llamado «el arrendador», se comprometió, a cambio de un precio, «el alquiler», a asegurar a Joachim von Ribbentrop el disfrute apacible de su casa de Eaton Square, nadie extrajo la menor consecuencia. Chamberlain debía de recibir este alquiler entre dos malas noticias, entre dos golpes bajos. Pero los negocios son los negocios. De modo que nadie vio en ello anomalía alguna, nunca se concedió la más mínima trascendencia a aquel pequeño retazo de derecho romano. A un pobre diablo juzgado por robo se le echa en cara una batería de antecedentes, de pronto los hechos hablan con creces. Pero si los hechos atañen a Chamberlain, es menester mostrarse prudentes. Se impone cierto recato, su política de apaciguamiento no es más que un triste error, y sus actividades de arrendador tan solo ocupan en la Historia una nota a pie de página.

La primera parte de la comida se desarrolló en el más franco buen humor. Ribbentrop se lanzó a hablar de sus proezas deportivas y, tras unas chanzas sobre sí mismo, evocó los placeres del tenis. *Sir* Alexander Cadogan lo escuchaba cortésmente. Primero divagó largo rato sobre el saque, y sobre ese pequeño planeta de caucho cubierto de fieltro blanco, la pelota, cuya vida es muy corta, insistió, ¡ni siquiera dura un partido! Después evocó al gran Bill Tilden, que sacaba como un semidiós, decía, y reinó en solitario en el tenis de los años veinte como nadie más lo lograría en el futuro. Tilden no perdió un partido en cinco años, y ganó la Copa Davis siete veces seguidas. Su saque era, como lo llamaban entonces, un *cannonball*, su físico el idóneo para tan sublimes proezas: era alto, delgado, de espaldas anchas y manos enormes. Ribbentrop esmaltaba su inagotable discurso con revelaciones y anécdotas pintorescas; por ejemplo, contó que Tilden había sufrido al inicio de su más prolífica serie de victorias la amputación de un trozo de dedo; desafortunadamente, se lo había desgarrado con las rejas que rodean la cancha. Después de la operación su juego mejoró aún más si cabe, como si aquel trocito de dedo hubiera sido un error de la selección natural que la cirugía moderna había

enmendado. Pero Tilden era principalmente un estratega —insistió Ribbentrop, restregándose los labios con una servilleta—, y su libro *El arte del tenis sobre hierba* es una mina de reflexiones sobre la disciplina tenística, como el libro de Ovidio sobre el arte de amar. Pero sobre todo —quintaesencia del ser para aquel a quien sus camaradas de juventud habían apodado amablemente Ribbensnob— Bill Tilden era desinhibido, sumamente desinhibido. Y elegante: su revés semejaba una reverencia. No obstante, en una pista de tenis era un monarca absoluto, nadie podía vencerlo, y ni siquiera las victorias de sus adversarios, cuando rebasó los cuarenta años, le arrebataron el primer puesto, ese primer puesto que su estilo altivo confería a cuantos partidos disputaba. Después, Ribbentrop habló un poco de sí mismo, de su propio juego. *Sir* Cadogan, que estaba más que harto de todas aquellas historias de tenis, escuchaba al ministro del Reich con una sonrisa. La señora Chamberlain había caído también en la trampa al comienzo de la comida y soportaba cortésmente aquel tropel de palabras. Ribbentrop rememoraba ahora su estancia en Canadá durante su juventud, cuando con camiseta y pantalones blancos, maltratando sus mocasines en las pistas, sacaba *aces* casi a discreción. Incluso llegó a levantarse para simular un *lob*, y en un tris estuvo de volcar una copa, pero no, la alcanzó a tiempo y aquello se convirtió en una gracia. Volvió al tema de Tilden, a las doce mil personas que acudieron a verlo jugar hacia 1920, lo que era un récord absoluto para la época, y sigue siendo hoy en día una cifra pasmosa. Pero, sobre todo, seguía siendo el *number one*, repitió Ribbentrop una y otra vez, siguió siendo el *number one* durante largos años. Gracias a Dios, llegó el plato fuerte.

De entremeses habían servido melón de Charente helado, y Ribbentrop engulló el suyo sin prestarle la más mínima atención. El plato principal era pularda de Louhans al estilo de Lucien Tendret. Churchill hizo un cumplido y, quizá para mofarse de Ribbentrop y chinchar a Cadogan, azuzó al ministro del Reich para que volviera al tema del tenis. ¿No había sido actor en Broadway, el tal Bill Tilden, y autor de dos abominables novelas, una de ellas titulada *La carretera fantasmal* y la otra *El golpe flojucho*, o algo parecido? Ribbentrop lo ignoraba. Lo cierto era que ignoraba bastantes cosas de Tilden.

Y de ese modo fue transcurriendo la comida. El embajador del Reich parecía sentirse muy a gusto. Había llamado la atención de Adolf Hitler por su desenvoltura, su elegancia *old fashion* y su cortesía, llamativas en medio de lo que era el partido nazi, un atajo de bandidos y criminales. Su actitud altiva, en consonancia con un fondo de servilismo perfecto, lo había propulsado al puesto de ministro de Asuntos Exteriores, puesto envidiado donde los haya; y aquel 12 de marzo de 1938, en Downing Street, se hallaba en la cima de lo que le reservaba la vida. Había iniciado su carrera profesional como importador de los *champagnes* Mumm y Pommery, y Hitler lo había enviado a Inglaterra con el fin de que hiciera *lobbying* para el Reich, de que sondease los corazones y espigase, aquí y allá, alguna información. Durante aquel turbio periodo, nunca dejó de asegurarle a Hitler que los ingleses eran bastante

incapaces de reaccionar. Alentaba de continuo al Führer a que llevara a cabo las acciones más temerarias, halagando sus megalómanas y brutales ideas. Así salvó las etapas de la gloria nazi aquel a quien Hitler llamaba a espaldas suyas «el pequeño vendedor de champán», hasta tal punto arraigan los más tenaces prejuicios entre los más profundos destructores de la sociedad.

En plena comida, como relata Churchill en sus memorias, un enviado del Foreign Office pidió permiso para entrar. Tal vez en ese momento los comensales compartieran un último muslo de pularda, a no ser que estuvieran ya dando cuenta de las *corniottes* de queso blanco acompañadas de limonada, o saboreando una tarta *au shion*: doscientos gramos de harina, cien gramos de mantequilla, uno o dos huevos, una pizca de sal, un poco de azúcar, un cuarto de litro de leche, sémola, y agua para diluirlo todo. Les dispensaré de los detalles sobre la guarnición y la cocción. Lo cierto es que solían cocinarse muchas recetas francesas en Downing Street; al Primer Ministro, Neville Chamberlain, le encantaban. Al fin y al cabo, ¿por qué no dedicar también atención a la cocina? Bien se cuenta, en algún lugar de la *Historia augusta*, que un día lejano el Senado pasó horas deliberando sobre la salsa de un rodaballo. Y así, entre dos tintineos de tenedor, el mensajero del Foreign Office entregó discretamente un sobre a *sir* Cadogan. Sobrevino un incómodo silencio. *Sir* Cadogan parecía leer con suma atención. La conversación fue reanudándose lentamente. Ribbentrop hizo como si nada; susurró dos o tres cumplidos a la anfitriona. Fue entonces cuando Cadogan se levantó y entregó el mensaje a Chamberlain. Cadogan no parecía ni sorprendido ni contrariado por lo que acababa de leer. Reflexionaba. Chamberlain leyó a su vez, con expresión preocupada. Entretanto, Ribbentrop seguía con su número de comadre. Acababan de servir el postre, fresas silvestres cardenalizadas, según receta de Escoffier. Una auténtica delicia. Se las comieron con fervor y Cadogan regresó a su silla, llevándose consigo el mensaje. Pero Churchill, abriendo uno de sus grandes ojos de cocker y volviéndolo hacia Chamberlain, detectó una profunda arruga entre sus ojos; intuyó una noticia preocupante. Ribbentrop, por su parte, no reparaba en nada. Se lo pasaba bien, sin duda lo embargaba la alegría por ser ahora ministro. A propuesta de la señora Chamberlain, pasaron al salón.

Sirvieron el café. Ribbentrop habló entonces de los vinos franceses, su especialidad, con lo cual mantuvo viva una conversación que empezaba a languidecer. Para ilustrar no se sabe qué idea, tomó una copa de flauta invisible situada en lo alto de su invisible pirámide de copas e hizo un brindis con desenvoltura. La flauta invisible estaba fría, el champán invisible a seis grados, la temperatura ideal. Con el cuchillo de postre Ribbentrop tamborilea en la flauta; asiente con la cabeza, sonríe. Fuera ha llovido, los árboles están mojados, brillan las aceras.

Los Chamberlain dan muestras de impaciencia, pero educadamente. No se puede

dar por concluida una reunión de esa naturaleza, con el ministro de una potencia europea. Debe actuarse con tacto, buscar la ocasión de retirarse. Muy pronto los invitados tuvieron también la sensación de que sucedía algo, y de que entre Chamberlain y su mujer discurría una conversación subterránea que implicaba a cada vez más protagonistas: Cadogan, Churchill y su esposa, y algunos más. Se produjo entonces una primera oleada de invitados que se marchaban. Pero los Ribbentrop seguían allí, sin ser conscientes del malestar reinante, y menos que nadie él, a quien ese día de despedidas parecía embriagar y privar del tacto más elemental. Los anfitriones se impacientaron. Una vez más, muy cortésmente, sin darlo a entender. A todas luces, no podían echar por las buenas a un invitado de honor; simplemente, este tenía que comprender por sí solo que había llegado el momento de abandonar el salón, de embutirse el gabán y de subir a su voluminoso Mercedes con cruces gamadas.

Pero Ribbentrop no comprendía nada, absolutamente nada: charlaba. Su mujer acababa también de entablar una animada conversación con la señora Chamberlain. La atmósfera se tornaba irreal; los anfitriones manifestaban mediante leves inflexiones de voz una impaciencia apenas perceptible pero que alguien con un mínimo de cortesía hubiera debido captar. Cuando uno vive momentos como ese, se pregunta si está loco o si es demasiado escrupuloso, si el otro experimenta el malestar que nos parece palpable; pero no, nada. El cerebro es un órgano estanco. Las miradas no traicionan el pensamiento, las mímicas imperceptibles son ilegibles para los demás; se diría que el cuerpo es un poema que nos abrasa y del que nuestros vecinos no comprenden una palabra.

De pronto, cogiendo el toro por los cuernos, Chamberlain le dijo a Ribbentrop: «Discúlpeme, pero un asunto urgente me requiere». Aunque resultaba un tanto abrupto, no se le ocurría otro modo de cortar por lo sano. La mayoría de los invitados que quedaban se levantaron, saludaron a sus anfitriones y abandonaron Downing Street. Pero los Ribbentrop se demoraron. La conversación todavía se prolongó largo rato. Nadie comentó el mensaje que Cadogan y Chamberlain habían leído durante la comida y que flotaba entre ellos como un pequeño fantasma de papel, una réplica desconocida que a todo el mundo le hubiera gustado oír, y que era en realidad el auténtico guion de aquel extraño vodevil. Por fin se retiraron todos, pero no antes de que Ribbentrop hubiera acabado de soltar su ristra de insípidas mundanidades. Y es que el antiguo actor de teatro *amateur* estaba interpretando uno de sus papeles secretos en el gran escenario de la Historia. Antiguo patinador sobre hielo, golfista, violinista, ¡Ribbentrop lo sabe hacer todo! ¡Todo! Incluso alargar una comida oficial el mayor tiempo posible. Lo cierto es que era un bufón de cuidado, curiosa mezcla de ignorancia y refinamiento. Al parecer, cometía faltas de sintaxis horrendas: y Von Neurath, para perjudicarlo —cuando pasaban por sus manos los memorándums que

Ribbentrop redactaba personalmente para Hitler—, evitaba cuidadosamente corregirlos.

Los últimos invitados acabaron retirándose, y los esposos Ribbentrop pusieron tierra por medio. El chófer les abrió la portezuela. La señora Ribbentrop replegó delicadamente su vestido y subieron al coche. Se produjo entonces una franca demostración de regocijo. Los Ribbentrop se rieron de la hábil jugarreta que habían gastado a todo el mundo. Evidentemente, se habían dado perfecta cuenta de que, una vez que el agente del Foreign Office entregó el mensaje, Chamberlain pareció preocupado, tremendamente preocupado. Y, por supuesto, los Ribbentrop sabían exactamente lo que decía ese mensaje, y lo que tenían planeado era hacer perder a Chamberlain, y al resto de su equipo, el mayor tiempo posible. Con ese fin habían eternizado aquella comida, el café y las charlas en el salón hasta el límite de lo razonable. Entretanto, Chamberlain no había podido atender a lo más urgente, había perdido tiempo hablando de tenis y saboreando los *macarons*. Los Ribbentrop, valiéndose de su excesiva cortesía, una cortesía casi enfermiza, puesto que incluso la razón de Estado podía esperar, lo habían distraído muy hábilmente de su trabajo. Porque aquel mensaje que había traído el agente del Foreign Office, y cuyo misterio se alargó durante aquella interminable comida, contenía una terrible noticia: las tropas alemanas acababan de entrar en Austria.

Blitzkrieg

Durante la mañana del 12 de marzo, los austriacos esperaron la llegada de los nazis febrilmente, con un júbilo indecente. En muchos de los documentos fílmicos de la época se ve cómo la gente alarga la mano ante el mostrador de un quiosco, o de una camioneta de feria, para pedir un banderín con la cruz gamada. Por doquier se ponen de puntillas, trepan a las cornisas, a los muretes, a lo alto de las farolas, a cualquier sitio, con tal de poder *ver*. Pero los alemanes se hacen esperar. Pasó la mañana… y transcurrió la tarde, extraña; a ratos un intenso ruido de motores cubría los campos, se agitaban las banderas, afloraban las sonrisas en las caras, «¡Ya llegan! ¡Ya llegan!», se oía gritar por todas partes. Los ojos desorbitados observaban fijamente el asfalto…, nada. La gente esperaba un poco más, se relajaba, los brazos caídos, y al cabo de un cuarto de hora ya estaban todos otra vez sentados en el suelo, acuclillados en la hierba, charlando.

La noche del 12, los nazis vieneses tenían previsto un desfile con antorchas para recibir a Adolf Hitler. La ceremonia debía ser emocionante y grandiosa. Esperaron hasta tarde, no venía nadie. La gente no entendía lo que pasaba. Los hombres bebían cerveza, cantaban y cantaban, pero al poco se les pasaban las ganas de cantar, se sentían vagamente decepcionados. En esas, aparecieron tres soldados alemanes que habían llegado en tren y reinó un instante de euforia. ¿Soldados alemanes? ¡Un milagro! Fueron los huéspedes de toda la ciudad. ¡Nunca los quiso nadie como los vieneses aquella noche! ¡Viena, les ofrecieron todos tus bombones, todas tus ramas de abeto, toda el agua del Danubio, todos los vientos de los Cárpatos, tu Ring, tu castillo de Schönbrunn, su salón chino, la habitación de Napoleón, el cadáver del rey de Roma, el sable de las Pirámides! ¡Todo! Y eso que no eran más que tres soldaditos con la misión de ocuparse del acantonamiento del ejército. Pero todos estaban tan impacientes por que los invadieran que los pasearon por la ciudad entre aclamaciones. Aquellos tres pobres diablos no acababan de entender el entusiasmo que suscitaban. Ignoraban que pudieran quererlos tanto. Incluso se asustaron un poco… El amor resulta a veces aterrador. Con todo, la gente empezaba a interrogarse. ¿Dónde estaba la maquinaria de guerra alemana?, se preguntaban. ¿Qué hacían los tanques? ¿Los vehículos blindados? Y todos aquellos cacharros fabulosos que nos habían prometido, ¿dónde estaban? Entonces, ¿el Führer ya no quería saber nada de su Austria natal? No, no, no era eso, pero… empezaba a correr un rumor, aunque nadie se atrevía a alzar demasiado la voz. Tampoco había que fiarse mucho de los nazis, que lo escuchaban todo… Se contaba —no había nada seguro, pero en

cualquier caso la situación confirmaba las habladurías— que, tras cruzar con asombroso empuje la frontera, la fabulosa maquinaria de guerra alemana se había quedado lamentablemente bloqueada.

En realidad, el ejército alemán las había pasado moradas para cruzar la frontera. La operación se había realizado con un desorden sin nombre, con espantosa lentitud. Y ahora se hallaba estacionada cerca de Linz, apenas a unos cien kilómetros de esta ciudad. Sin embargo, al parecer hacía un tiempo estupendo aquel 12 de marzo, incluso un tiempo de ensueño.

¡Todo había empezado tan bien! A las nueve se alza la barrera de la aduana, ¡y hop, estamos en Austria! No ha hecho falta utilizar la violencia ni golpes sorpresa, no, aquí todo es amor, conquistamos sin esfuerzo, con suavidad, con una sonrisa. Los carros de combate, los camiones, la artillería pesada, toda la pesca, en suma, avanza lentamente hacia Viena, para la gran parada nupcial. La novia ha dado el sí, no es una violación, como se ha pretendido, es una boda. Los austriacos se desgañitan, hacen como pueden el saludo nazi en señal de bienvenida; llevan cinco años entrenándose. Pero la carretera hacia Linz es complicada, los vehículos avanzan a trancas y barrancas, las motocicletas tosen como motocultores. Ay, más les hubiera valido a los alemanes cultivar sus huertos, darse un garbeo por Austria para volverse después a Berlín, bien tranquilitos, y convertir todo ese material en tractores y plantar coles en el parque Tiergarten. Porque en los alrededores de Linz todo se estropea. Y eso que el cielo luce inmaculado, sereno, es uno de los más hermosos cielos posibles.

El horóscopo del 12 de marzo fue maravilloso para los Libra, los Cáncer y los Escorpio. En cambio, el cielo era nefasto para el resto de los hombres. Las democracias europeas opusieron a la invasión una resignación fascinada. Los ingleses, que estaban al tanto de su inminencia, se lo habían advertido a Schuschnigg. Fue todo cuanto hicieron. Los franceses, por su parte, no tenían gobierno, la crisis ministerial había sobrevenido muy oportunamente.

En Viena, aquella mañana del 12 de marzo, solo el redactor jefe del *Neues Wiener Tagblatt*, Emil Löbl, publicará un artículo rindiendo homenaje al pequeño dictador Schuschnigg, lo que supone un minúsculo acto de resistencia; será casi el único. Durante la mañana, una pandilla irrumpirá en el periódico y lo obligará brutalmente a abandonar el edificio. Las SA se presentan en los despachos y apalean a los empleados, a los periodistas, a los redactores. Y eso que los del *Neues Wiener* no son izquierdistas, no chistaron cuando el Parlamento se disolvió hasta desaparecer, aprobaron dócilmente el catolicismo autoritario del nuevo régimen, aceptaron las purgas de las redacciones bajo Dollfuss; y la marcha de los socialdemócratas, ahora encarcelados o vetados para cualquier trabajo, no les importó gran cosa. Pero el heroísmo es una cosa extraña, relativa, y, en resumen, esa mañana es emocionante a la par que inquietante ver que Emil Löbl es el único que se queja.

Lo mismo ocurrió en Linz. Se habían organizado previamente grandes purgas, y la ciudad era ya totalmente nazi. Por todas partes la gente canta, jadeante, esperando ver aparecer al Führer de un minuto a otro. Parece que todo el mundo esté en la calle, brilla el sol y corre a espuertas la cerveza. Luego la mañana toca a su fin, la gente dormita en el rincón de un bar y, como nada detiene el tiempo, de repente son las doce, el sol se halla en su cénit sobre el Pöstlingberg. Las fuentes enmudecen, las familias se van a comer a sus casas, fluyen las aguas del Danubio. En el Jardín Botánico, la fabulosa colección de cactus está llena de confeti, las arañas lo toman por moscas. En Viena, en la barra del Gran Café se murmura que los alemanes no han llegado aún a Wels, ¡que puede que ni siquiera estén en Meggenhofen! Los malintencionados se mofan y dicen, socarrones, que se han equivocado de dirección, que se dirigen hacia Susa o Damietta, ¡que el año que viene se los verá en Bobino! Pero algunos apuntan en voz baja a la falta de gasolina, una inmensa falta de gasolina, un grave problema de abastecimiento.

Hitler ha abandonado Múnich en automóvil, el rostro azotado por un viento glacial. Su Mercedes circula a través de los profundos bosques. Tenía previsto pasar antes por Braunau, su ciudad natal, luego por Linz, su ciudad de juventud, y finalmente por Leonding, donde reposan sus padres. Era, en definitiva, un bonito viaje. A eso de las cuatro, Hitler había cruzado la frontera de Braunau; hacía un día radiante pero muy frío, su séquito se componía de veinticuatro automóviles y de una veintena de furgonetas. Está ahí todo el mundo: las SS, las SA, la policía, todos los cuerpos de ejército. Fraternizan con la multitud. Se detienen un instante ante la casa natal del Führer, ¡pero no hay tiempo que perder! Llevan ya demasiado retraso. Las chiquillas tienden ramos de flores, la multitud agita banderines con cruces gamadas, todo marcha bien. A media tarde la comitiva ha atravesado ya numerosos pueblos. Hitler sonríe, agita la mano, la exaltación resulta visible en su rostro; hace el saludo nacionalsocialista cada dos por tres, a corros informes de campesinos o de muchachas. Pero las más de las veces se limita a exhibir ese extraño gesto que tan felizmente parodió Chaplin, el brazo doblado con un ademán desenvuelto, un poco femenino.

Un atasco de panzers

La *Blitzkrieg* es una simple fórmula, una palabra que la publicidad ha adherido al desastre. El teórico de esa estrategia agresiva se llama Guderian. En su libro *Achtung-Panzer!*, de título seco y sobrecogedor, Guderian desarrolló su teoría de la guerra relámpago. Por supuesto, leyó a John Frederick Charles Fuller; adoró su mediocre libro sobre el yoga, recorrió febrilmente sus delirantes profecías, donde creyó descubrir el horrendo misterio del mundo; pero fueron sobre todo sus artículos sobre la mecanización del ejército los que le robaron noches y noches de sueño. Y le hicieron cavilar, sí, a Guderian, los libros de Fuller, porque le gustó aquella apasionada evocación de la guerra heroica y brutal. Porque John Frederick Charles Fuller es un ser apasionado, tan apasionado que poco después se sumará a Mosley, deplorando la indolencia de las democracias parlamentarias y clamando por un régimen más exaltante. Así se hará miembro de la Nordic League con vistas a promover el nazismo. El pequeño concilio se reunía en secreto en alguna casa rural muy inglesa, y pasaba largas horas hablando de los judíos. Pero sus simpatizantes no eran solamente comerciantes del barrio de Mayfair, no, no, estaba también *lady* Douglas-Hamilton, que tanto amaba a los animales; porque, como es sabido, todas las miserias anidan en el alma humana. Estaba también el bueno del duque de Wellington, Arthur Wellesley, niño bonito de los salones, antiguo alumno de Eton, que había contado con todas las facilidades del mundo, por tanto no tenía excusas, y conocedor de Propercio y de Lucano, que se paseaba sin duda, al despuntar el alba, tocando el caramillo en el parque de su mansión, entre los pastores de Teócrito, y que coleccionaba obras de arte, acaso no las mejores, pero bueno. Y que tenía sin embargo el cráneo estrecho, el belfo apático y la mirada ausente, hasta tal punto que, de haber nacido en un suburbio de Londres, no se habría hablado nunca de él.

«*Achtung-Panzer!*». Aquel 12 de marzo de 1938 abrían el desfile los blindados; a la cabeza del XVI.º cuerpo de ejército, Heinz Guderian iba a ver realizado por fin su sueño. Del primer blindado alemán se habían construido en 1918 una veintena de unidades; era una pesada carcasa de chatarra, una caja de doscientos caballos, un enorme carrito muy lento, de manejo incómodo. Uno de ellos, a finales de la Primera Gran Guerra, se enfrentó en singular combate con un blindado inglés y resultó irremediablemente destrozado. Si bien desde aquel primer bautizo el tanque había hecho progresos, quedaba mucho por hacer. Así, el tanque Panzer IV, que será

durante un tiempo la reina de las batallas, se hallaba aún, aquel día de marzo de 1938, en sus balbuceos. Producido por Krupp, aquel pequeño carro de asalto era aún un carro de combate harto mediocre. De blindaje excesivamente ligero, incapaz de resistir los obuses antitanque, su cañón tan solo le permitía atacar objetivos blandos. El Panzer II era todavía más pequeño, una auténtica lata de sardinas. Era rápido, ligero, pero incapaz de perforar el blindaje de un carro enemigo, mientras que él mismo era vulnerable. Ya era obsoleto cuando salió de la fábrica. En un principio, además, estaba concebido tan solo como tanque de entrenamiento, pero la producción se retrasó; la guerra comenzó antes de lo previsto, y estuvo bastante tiempo en activo. En cuanto al Panzer I, era casi una tanqueta, no cabían más que dos individuos, sentados directamente sobre el metal cual profesores de yoga. Era muy frágil y su armamento muy poco mortífero, pero en cambio salía barato, apenas más caro que un tractor.

El tratado de Versalles había prohibido a los alemanes la fabricación de tanques, por lo que las empresas alemanas los produjeron a través de sociedades pantalla situadas en el extranjero. Como puede verse, la ingeniería financiera se ha prestado desde siempre a las más nocivas maniobras. Y así, según se decía, Alemania se había creado a escondidas una prodigiosa maquinaria de guerra. Y precisamente ese nuevo ejército, esa promesa por fin hecha realidad a la luz del día, era lo que todos los austriacos esperaban al borde de la carretera aquel 12 de marzo de 1938. La gente debía de estar por lo tanto un poco inquieta, un poco febril bajo el cielo radiante.

Fue entonces cuando un diminuto grano de arena se deslizó en la formidable maquinaria de guerra alemana. Para empezar, una hilera de blindados entera se quedó en la cuneta. Hitler, cuyo Mercedes tuvo que hacerse ligeramente a un lado al adelantarlos, los miró con desprecio. Luego, otros vehículos de la artillería pesada se hallaban inmovilizados en medio de la carretera; en vano tocaron la bocina y vociferaron que el Führer tenía que pasar, no hubo nada que hacer, los blindados se afanaban en vano en el emplasto. Un motor es una cosa sublime, un auténtico milagro si nos paramos a pensarlo. Un poco de carburante, una chispa, ¡y hale!, sube la presión, esta empuja al pistón, que impulsa la rotación del cigüeñal, ¡y adelante! Pero, claro, la cosa es sencilla solo sobre el papel, porque en cuanto se produce una avería, ¡menuda pejiguera! En un abrir y cerrar de ojos te quedas a dos velas. Tienes que meter la mano en una grasa espantosa, desatornillar, volver a atornillar… Y aquel 12 de marzo de 1938, pese al sol resplandeciente, el frío arreciaba. No hacía maldita la gracia sacar la caja de herramientas a un lado de la carretera. A Hitler se lo llevaban los demonios; lo que tenía que ser un día de gloria, un paseo intenso e hipnótico, se convierte en un engorro. En vez de velocidad, embotellamiento; en vez de vitalidad, asfixia; en vez de gran impulso, atasco.

En las pequeñas poblaciones de Altheim, de Ried, en casi todas partes, los

jóvenes austriacos esperan, la cara morada por el viento. Algunos lloran de frío. En aquella época, en la gran feria de personalidades, las francesas piden a Tino Rossi en la Galerías Lafayette y las americanas mover el esqueleto con éxitos de Benny Goodman. Pero a las austriacas les importan un pepino Tino Rossi y Benny Goodman; han pedido a Adolf Hitler. Y así, por lo general, a la entrada de los pueblos se oye gritar: «*Der Führer kommt!*». Y como no aparece nadie, siguen conversando de esto y de lo de más allá.

Lo que acababa de averiarse no eran solo unos tanques aislados, no era solo un pequeño carro blindado aquí y allá: era la inmensa mayoría del ejército alemán; y ahora la carretera ha quedado enteramente bloqueada. ¡Ah, si parece una película cómica!: un Führer hecho un basilisco, mecánicos corriendo por la calzada, órdenes vociferadas aprisa y corriendo en la lengua rasposa y febril del Tercer Reich. Porque un ejército, cuando se te viene encima, cuando desfila a treinta y cinco por hora bajo el sol resplandeciente, te quita el hipo. Pero un ejército empantanado ya no es nada. Un ejército empantanado es un ridículo seguro. ¡Al general le cae una bronca de cuidado! Berridos, insultos; Hitler lo responsabiliza del fiasco. Para dejar pasar al Führer hubo que despejar los vehículos pesados, remolcar algunos tanques, mover algunos automóviles. Llegó por fin a Linz al caer la noche.

Entretanto, bajo una luna glacial, las tropas alemanas cargaron con celeridad todos los tanques que pudieron en plataformas de tren. Sin duda mandaron venir a especialistas desde Múnich, ferroviarios y gruistas. Después los trenes se llevaron los vehículos blindados como un convoy de carromatos de un circo. ¡Tenían que estar a toda costa en Viena para las ceremonias oficiales, el gran espectáculo! Sin duda componían una curiosa escena aquellas siniestras siluetas, aquellos trenes que, de noche, semejantes a carrozas fúnebres, transportaban a través de Austria su carga de tanques y carros blindados.

Escuchas telefónicas

El 13 de marzo, un día después del Anschluss, los servicios secretos británicos sorprendieron una curiosa comedia telefónica entre Inglaterra y Alemania. «Señor Ribbentrop», se quejaba Göring, al mando del Reich mientras Hitler volaba hacia su patria, «ese asunto del ultimátum, con el que dicen que amenazamos a Austria, es un abominable embuste. Seyss-Inquart, ascendido al poder por consenso popular, nos pide ayuda. ¡No tiene usted idea de la brutalidad del régimen de Schuschnigg!». Respuesta de Ribbentrop: «¡Increíble! Es preciso que el mundo entero lo sepa». La conversación prosigue en ese tono pedante durante media hora. Cabe imaginar la cara de quienes tomaron nota de aquellas extrañas frases, debieron de sentirse de repente entre los bastidores de un teatro. Concluye el diálogo. Göring comenta el tiempo radiante que hace. El cielo azul. Los pájaros. Está en el balcón, dice, y puede oír en la radio el entusiasmo de los austriacos. «¡Es maravilloso!», exclama Ribbentrop.

Siete años después, el 29 de noviembre de 1945, volvió a oírse el mismo diálogo. Eran las mismas palabras, menos vacilantes tal vez, más escritas; pero eran exactamente las mismas frases desenfadadas, la misma sensación de guasa. Y eso sucedía en Núremberg, ante el Tribunal Internacional. El fiscal de los Estados Unidos, Sydney Alderman, con el fin de apuntalar la acusación de complot contra la paz, extrae de su carpeta un legajo de hojas. Esa conversación entre Ribbentrop y Göring se le antoja muy reveladora; se percibe en ella una suerte de «doble lenguaje», dice, con la intención de inducir a error a las demás naciones.

Alderman dio comienzo entonces a su lectura. Leyó el pequeño diálogo como se leen las réplicas de teatro. Hasta tal punto que cuando pronunció el nombre de Göring, nombrando al primer personaje, el Göring auténtico, que se hallaba en el banquillo de los acusados, hizo amago de levantarse. Pero enseguida comprendió que no lo llamaban, simplemente iban a interpretar su papel delante de él y leer sus parlamentos. Con voz monocorde y parsimoniosa, Alderman leyó la pequeña escena.

GÖRING. —Señor Ribbentrop, como ya sabe, el Führer me ha dejado al frente del Reich durante su ausencia. Así que quería informarle de la inmensa alegría que embarga a Austria y que puede usted oír en la radio.

RIBBENTROP. —Sí, es fantástico, ¿verdad?

GÖRING. —Seyss-Inquart temía que el país sucumbiese al terror o estallara la guerra civil. Nos pidió que acudiésemos de inmediato, y nos hemos dirigido a toda prisa a la frontera para evitar el caos.

Pero lo que ignoraba Göring en ese momento, el 13 de marzo de 1938, era que algún día alguien encontraría otros coloquios, algunos de ellos aún más verídicos. Había pedido a sus propios servicios que anotaran sus conversaciones importantes; la

Historia, un día, debía poseerlas. Tal vez escribiría en su vejez su *Guerra de las Galias*, quién sabe. Y podría echar mano de las notas que habrían sido tomadas al vuelo durante los grandes episodios de su carrera. Lo que ignoraba era que aquellas notas, en vez de terminar sobre su escritorio cuando ya se hubiera retirado, acabarían en manos de un fiscal, allí, en Núremberg. Pudieron leerse entonces los diálogos de otras escenas, conversaciones telefónicas entre Berlín y Viena, dos días antes, la noche del 11 de marzo, cuando él creía que no lo oía nadie, o solo Seyss-Inquart, o Dombrowski, el consejero de embajada que actuaba de intermediario, y por supuesto quien anotaba para la posteridad las prodigiosas conversaciones que mantenían. No sabía que, en realidad, todo el mundo le escuchaba. ¡Oh!, no en el instante en que hablaba, no, sino desde el futuro precisamente, desde esa posteridad que codiciaba. Así es. Todas las conversaciones que mantuvo Göring aquella noche están perfectamente archivadas, disponibles. Milagrosamente, las bombas las respetaron.

GÖRING. —¿Cuándo piensa Seyss-Inquart formar su gabinete?
DOMBROWSKI. —A las 21:15.
GÖRING. —Ese gabinete debe estar formado a las 19:30.
DOMBROWSKI. —… a las 19:30.
GÖRING. —Keppler le traerá los nombres. ¿Sabe quién va a ser ministro de Justicia?
DOMBROWSKI. —Sí, sí…
GÖRING. —Diga el nombre…
DOMBROWSKI. —Su cuñado, ¿verdad?
GÖRING. —Eso, mi cuñado.

Y hora tras hora Göring dicta su orden del día. Lo dicta paso a paso. Y en la brevedad de las réplicas se trasluce el tono imperioso, el desprecio. El tinte mafioso de este asunto salta de inmediato a la vista. Apenas veinte minutos después de la escena que acabamos de leer, Seyss-Inquart vuelve a llamarle. Göring le ordena que vaya a ver de nuevo a Miklas y que le deje bien claro que, si no lo nombra canciller antes de las siete y media, la invasión será un hecho, se abatirán sobre Austria. Muy lejos estamos de la placentera conversación entre Göring y Ribbentrop dedicada a los espías ingleses, muy lejos de los libertadores de Austria. Pero hay que tener bien presente otra cosa, y es la expresión que utiliza Göring, esa amenaza de *abatirse sobre Austria*. De inmediato se asocia a imágenes aterradoras. Pero hay que rebobinar el hilo para entenderlo bien, hay que olvidar lo que uno cree saber, hay que olvidar la guerra, hay que quitarse de la cabeza los noticiarios de la época, los montajes de Goebbels, toda su propaganda. Hay que recordar que en aquel instante la *Blitzkrieg* no es nada. Apenas un embotellamiento de carros blindados. Apenas cientos de motores averiados en las carreteras austriacas, apenas el furor de los hombres, una palabra que surgirá más adelante como un farol en una partida de póquer. Y lo que sorprende de aquella guerra es el inaudito triunfo de la desfachatez, por lo que debemos tener presente una cosa: el mundo se rinde ante el *bluff*. Incluso el mundo más serio, más rígido, incluso el viejo orden, aunque nunca cede cuando se exige

justicia, aunque nunca se doblega ante el pueblo que se subleva, sí se doblega ante el *bluff*.

En Núremberg, Göring escuchó la lectura de Alderman con el puño apoyado en la barbilla. A ratos sonríe. Los protagonistas de la escena se hallan reunidos en la misma estancia. No están ya en Berlín, en Viena o en Londres, están a unos metros unos de otros: Ribbentrop y su almuerzo de despedida, Seyss-Inquart y su servilismo de capo mafioso, Göring y sus métodos de gánster. Finalmente, para concluir su demostración, Alderman volvió al 13 de marzo. Leyó las últimas líneas del breve diálogo. Lo leyó con aquel tono monótono que lo despojaba de todo su prestigio y lo rebajaba a lo que era: una pura y simple bellaquería.

GÖRING. —Aquí hace un tiempo maravilloso. El cielo luce azul. Estoy sentado en mi balcón, envuelto en unas mantas, al aire fresco. Estoy tomándome un café. Los pájaros trinan. Puedo oír en la radio el entusiasmo de los austriacos.

RIBBENTROP. —¡Es maravilloso!

En ese instante, bajo el reloj, en el banquillo de los acusados, el tiempo se detiene; algo sucede. Toda la sala se vuelve hacia ellos. Como lo cuenta Kessel, enviado especial del *France-Soir* al tribunal de Núremberg, al oír la palabra «¡maravilloso!». Göring se echó a reír. Al recordar aquella exclamación impostada, tal vez advirtiendo hasta qué punto aquella réplica teatral se hallaba en las antípodas de la Gran Historia, de su decencia, de la idea que uno se forma de los grandes acontecimientos, Göring miró a Ribbentrop y se echó a reír. Y a Ribbentrop, por su parte, lo sacudió una risa nerviosa. Frente al tribunal internacional, ante sus jueces, ante los periodistas del mundo entero, no pudieron contener la risa, allí, en medio de las ruinas.

La tienda de utilería

La verdad está dispersa en toda clase de partículas. Así, bastante antes de hacerse llamar Anders, es decir, «Otro», el intelectual alemán Günther Stern, emigrado a Estados Unidos, pobre, judío, obligado a ganarse la vida con trabajillos, convertido en atrezzista a sus más de cuarenta años, trabaja en el Hollywood Custom Palace, cuyas galerías contienen todo el pasado vestimentario del hombre. Y es que el Hollywood Custom Palace alquila trajes, alquila al cine el atuendo de Cleopatra o de Danton, el de los juglares de la Edad Media o los burgueses de Calais. En el Hollywood Palace se encuentra todo lo habido y por haber, ahí están todos los pingos de la humanidad, restos sublimes, migas de gloria dispersas en los estantes, simulacros de recuerdos. Allí, se conservan las espadas de madera, las coronas de cartón, los tabiques de papel. Todo es falso. El carbón en el cuello del minero, el desgaste en las rodillas del mendigo, la sangre en el cuello del condenado. La Historia es un espectáculo. En el Hollywood Palace nos topamos con todo aquello que ha existido: las vestiduras de los mártires yacen extendidas y se secan sobre los mismos hilos que las togas de los patricios. No se hacen distingos. Parece ser que las imágenes, el cine, las fotografías, no son el mundo —no estoy tan seguro de eso—. Así, las distintas plantas del edificio, donde se hacinan las épocas, dejan una impresión de absurdo o de locura. Como si nos hallásemos en el corazón de la grandeza, pero atrapados, empequeñecidos, como si el desgaste fuera ilusión, la suciedad maquillaje, y la apariencia, la verdad de las cosas. Pero decir toda la humanidad es desde luego demasiado. Y el Hollywood Palace acopia demasiados pingos, amasa demasiada variedad, acumula demasiadas épocas. Uno encuentra allí el drapeado romano del peplo, el egipcio de pacotilla, el babilonio de circo, el griego de contrabando; pero también todas las variantes del taparrabos y del pareo, el sari abigarrado de las mujeres de Guyarat, el rico *baluchari* de Bengala, el algodón ligero de Pondicherry; se encuentran asimismo todos los sarongs malayos, las prendas que se introducen por la cabeza, ponchos, casacas, *paenulae*; los primeros trajes con mangas, túnicas, blusas y camisas, el caftán, la piel de animal de la prehistoria y todos los ancestros de los pantalones. Es una cueva maravillosa, el Hollywood Palace. Eso sí, el trabajo no es que sea muy lucido, doblar la ropa del cadáver de Pancho Villa, ajustar la gorguera de María Estuardo, devolver el sombrero de Napoleón a su estante. Pero qué privilegio, aun así: ser un utilero de la Historia.

En su diario, Günther Stern insiste: están allí todas las prendas de vestir, incluso las que han usado los monos de circo o los perritos de Deauville; desde la hoja de

parra de Adán hasta las botas de las SA, está todo. Pero lo más sorprendente no es que se encuentren allí todos los trajes de la Tierra, sino que se encuentren ya los trajes de los nazis. Y lo irónico del asunto, como observa Günther Stern, es que un judío lustre sus botas. ¡Bien hay que conservar todos esos pingos! Y como cualquier empleado del Hollywood Palace, Günther Stern tiene que lustrar las botas de los nazis con la misma aplicación con que cepilla los coturnos de los gladiadores o las sandalias de los chinos. Allí el drama real queda descartado, los trajes tienen que estar listos para los rodajes, para la gran puesta en escena del mundo. Y estarán listos; y son más auténticos que los originarios y reales, más exactos que los que corren por los museos; perfectas réplicas a las que no falta un botón, un hilo, y que, como en los estantes de las tiendas, están en todas las tallas. Pero esas prendas no solo han de ser réplicas indiscutibles, han de estar gastadas, agujereadas, sucias. Claro, el mundo no es un desfile de modas, y el cine debe crear ilusión. Así pues, hay que mantener los falsos desgarros, las falsas manchas, las falsas herrumbres. Deben causar la impresión de que el tiempo ya ha pasado.

Así pues, mucho antes de que se librara la batalla de Stalingrado, antes de que se planeara la operación Barbarroja, antes siquiera de que esta se hubiera concebido o decidido; antes de la campaña de Francia, incluso antes de que los alemanes hubieran abrigado la menor intención de emprenderla, la guerra ya está ahí, en las estanterías del espectáculo. La gran maquinaria norteamericana parece haberse apoderado ya de su inmenso tumulto. Solo relatará la guerra bajo forma de hazaña. La convertirá en ingresos. En un tema. En un buen negocio. A fin de cuentas, no son los panzers, los stukas ni los lanzacohetes de Stalin los que rehacen las cosas y las remodelan y las estropean. No. Es allá, en esa California industriosa, entre algunos bulevares cuadriculados, en la esquina de la tienda de *donuts* con un surtidor de gasolina, donde la densidad de nuestras vidas cobra el tono de las certezas colectivas. Es allá, en los primeros supermercados, ante los primeros televisores, entre la tostadora y la calculadora, donde el mundo se relata a su verdadera cadencia, la que va a adoptar de manera definitiva.

Y mientras el Führer preparaba su agresión contra Francia, mientras su Estado Mayor resucitaba las viejas fórmulas de Schlieffen, y sus mecánicos reparaban sus panzers, Hollywood había depositado ya los trajes de aquellos en las estanterías del pasado. Colgaban de las perchas de la ropa clasificada, doblada y apilada en el estante de las antiguallas. Sí, bastante antes de que comience la guerra, mientras Lebrun, ciego y sordo, firma sus decretos sobre la lotería, mientras Halifax se convierte en cómplice, y el pueblo amedrentado de Austria cree vislumbrar su destino en la silueta de un loco, los trajes de los militares nazis están ya almacenados en la tienda de utilería.

Sonrisas y lágrimas

El 15 de marzo, ante el palacio imperial, ocupando toda la superficie de la plaza, incluso sobre la gran estatua de Carlos de Austria, la multitud, la pobre multitud austriaca, engañada, maltratada, pero al final aquiescente, ha acudido a vitorear. Si alzamos los andrajos repulsivos de la Historia, nos encontramos con lo siguiente: la jerarquía contra la igualdad y el orden contra la libertad. De este modo, ofuscada por una idea de nación mezquina y peligrosa, sin futuro, esa multitud inmensa frustrada por una anterior derrota, tiende el brazo al aire. Ahí, desde el balcón del palacio de Sissi, con voz terriblemente extraña, exaltada, inquietante, rematando su discurso con un grito ronco y desagradable, Hitler. Vocifera en un alemán muy próximo a la lengua inventada más adelante por Chaplin, compuesta de imprecaciones, y en la que no se distinguen más que algunas palabras dispersas, «guerra», «judíos», «mundo». Cuando las oye, la multitud, innumerable, se desgañita. El Führer acaba de declarar el Anschluss desde el balcón. Las aclamaciones son tan unánimes, tan potentes, tan violentas, que cabe preguntarse si la multitud que se oye en los noticiarios de la época no es siempre la misma multitud, la misma banda sonora. Porque son secuencias que se miran, son documentos cinematográficos informativos o de propaganda los que nos presentan esta historia, ellos han forjado nuestra percepción personal; y todo cuanto pensamos está sometido a ese telón de fondo homogéneo.

Nunca podremos saberlo. No se sabe ya quién habla. Los documentos fílmicos de entonces han pasado a ser nuestros recuerdos merced a un espantoso sortilegio. La guerra mundial y su preámbulo son arrastrados a esa película infinita en la que no se distingue ya lo verdadero de lo falso. Y comoquiera que el Reich ha contratado a más cineastas, montadores, cámaras, técnicos de sonido, directores cinematográficos que cualquier otro protagonista de ese drama, cabe decir que, hasta la entrada en el conflicto de rusos y norteamericanos, las imágenes que poseemos de la guerra las dirigió hasta la eternidad Joseph Goebbels. La Historia se desarrolla ante nuestros ojos, como una película de Joseph Goebbels. Es pasmoso. Los noticiarios alemanes se convierten en el modelo de la ficción. Y así el Anschluss parece un prodigioso logro. Pero, por descontado, las aclamaciones se añadieron posteriormente a las imágenes; están, como se dice, postsincronizadas. Y es perfectamente posible que ninguna de las desaforadas ovaciones durante las apariciones del Führer fuera la que oímos.

He vuelto a ver esas cintas. Desde luego, no hay que llamarse a engaño: obligaron a acudir a militantes nazis de toda Austria, detuvieron a los opositores, a los judíos; es

una multitud pasada por el tamiz, purgada; eso sí, los austriacos están ahí, no cabe duda, no es una multitud de cine. También están ahí, tampoco cabe duda, aquellas muchachas de trenzas rubias, radiantes, y aquella parejita que vocifera sonriendo. ¡Ah, todas esas sonrisas! ¡Esos gestos! ¡Banderines agitándose al paso de la comitiva! No sonó ni un disparo. ¡Qué tristeza!

Sin embargo, no todo se desarrolló como estaba previsto; y «el mejor ejército del mundo» acababa de evidenciar que no era sino una amalgama de metal, chapa vacía. No obstante, pese a su escasa preparación, pese al material defectuoso, pese a que hace poco el dirigible bautizado *Hindenburg* ha explotado antes de su aterrizaje en Nueva Jersey y que treinta y cinco pasajeros han encontrado la muerte, pese a que la mayoría de los generales de la Luftwaffe todavía no dominan del todo los aviones de caza, pese a que Hitler se ha arrogado el mando supremo sin ninguna experiencia en el asunto, los noticiarios de la época nos producen la sensación de hallarnos ante una implacable maquinaria. En planos sabiamente encuadrados vemos avanzar a los carros blindados alemanes en medio de una multitud entusiasta. ¿Quién podría imaginar que acaban de sufrir una gigantesca avería? El ejército alemán parece avanzar por la senda de la victoria, una victoria muy sencilla, sembrada de flores y sonrisas. Cuenta Suetonio que Calígula, el emperador romano, transportó de igual modo sus legiones al norte y que, en un momento de titubeo o de éxtasis, las alineó frente al mar y les ordenó que recogieran conchas. Pues bien, si uno ve los noticiarios franceses, tiene la impresión de que los soldados alemanes se pasaron el día arrancando sonrisas.

*

A veces parece que lo que nos sucede esté escrito en un periódico de hace unos meses; es una pesadilla que ya hemos tenido. Así, apenas seis meses más tarde, seis meses después del Anschluss, el 29 de septiembre de 1938 se celebra en Múnich la famosa conferencia. Y como si las ambiciones de Hitler pudieran detenerse ahí, le venden Checoslovaquia a precio de saldo. Las delegaciones francesa e inglesa acuden a Alemania. Son bien recibidas. En el gran vestíbulo, la lámpara de araña tintinea, las lágrimas de cristal, como esos carillones que sacude el viento, interpretan su partitura aérea encima de los ogros. Los equipos de Daladier y de Chamberlain tratan de arrancar a Hitler concesiones de tres al cuarto.

Se abruma a la Historia, se pretende que esta obliga a adoptar poses a los protagonistas de nuestros tormentos. No veremos nunca el dobladillo mugriento, el hule amarillento, la matriz del talonario, la mancha de café. Tan solo nos mostrarán el perfil amable de los acontecimientos. Con todo, si miramos bien, en la fotografía donde aparecen Chamberlain y Daladier, en Múnich, justo antes de la firma, a la vera

de Hitler y Mussolini, los Primeros Ministros inglés y francés no parecen muy ufanos. Aun así, firman. Tras cruzar las calles de Múnich entre los vítores de una inmensa multitud que los recibe con los saludos nazis, firman. Se los ve, a uno, a Daladier, sombrero encasquetado, un tanto incómodo, haciendo pequeños ¡holas!, al otro, a Chamberlain, *hat* en mano, esbozando una amplia sonrisa. Este infatigable artesano de la paz, como lo llaman los noticiarios de la época, asciende la escalinata, en blanco y negro para la eternidad, entre dos hileras de soldados nazis.

En ese instante el comentarista, inspirado, anuncia con voz nasal que los cuatro jefes de Estado, Daladier, Chamberlain, Mussolini y Hitler, movidos por un mismo anhelo de paz, posan para la posteridad. La Historia devuelve esos comentarios a la nadería irrisoria que son y arroja sobre todos los futuros noticiarios un deplorable descrédito. Por lo visto en Múnich ha nacido una inmensa esperanza. Aquellos que dicen eso ignoran lo que significan las palabras. Hablan la lengua del paraíso, donde, según se dice, valen todas las palabras. Poco después, Édouard Daladier, en Radio París, mil seiscientos cuarenta y ocho metros en onda larga, tras unas notas musicales, habla. Tiene la certeza de haber salvado a Europa, eso nos dice. No se cree nada. «¡Ay, pobres gilipollas, si supieran la verdad!», parece ser que murmuró al bajar del avión frente al gentío que lo aclamaba. En ese grande y sórdido cambalache, donde se gestan ya los peores acontecimientos, impera un respeto misterioso por la mentira. Las maniobras invalidan los hechos; y a las declaraciones de nuestros jefes de Estado se las llevará muy pronto, como a un tejado de chapa, una tormenta de primavera.

Los muertos

Con el fin de consagrar la anexión de Austria, se convocó un referéndum. Se detuvo a los opositores que quedaban. Los sacerdotes instaron desde el púlpito a votar a favor de los nazis y las iglesias se ornaron con banderas con cruces gamadas. Hasta el antiguo líder de los socialdemócratas pidió que se votara sí. Apenas se alzó alguna voz discordante. El 99,75% de los austriacos votó a favor de la incorporación al Reich. Y mientras los veinticuatro individuos del comienzo de esta historia, los sacerdotes de la gran industria alemana, estudiaban ya cómo despedazar al país, Hitler había hecho lo que cabe llamar una gira triunfal por Austria. Con ocasión de tan fantásticos reencuentros, había sido aclamado por doquier.

Sin embargo, justo antes del Anschluss, se produjeron más de mil setecientos suicidios en una sola semana. Muy pronto, anunciar un suicidio en la prensa se convertirá en un acto de resistencia. Algún periodista osará aún escribir «súbito fallecimiento»; las represalias no tardarán en hacerlos enmudecer. Se buscarán otras fórmulas usuales, sin consecuencia. Y así, el número de personas que pusieron fin a sus días sigue siendo desconocido y sus nombres ignorados. Al día siguiente de la anexión, aún pudieron leerse en la *Neue Freie Presse* cuatro necrológicas: «La mañana del 12 de marzo, Alma Biro, funcionaria, de 40 años, se cortó las venas con una navaja de afeitar, antes de abrir el gas. En el mismo momento, el escritor Karl Schlesinger, de 49 años, se disparó un tiro en la sien. Un ama de casa, Helene Kuhner, de 69 años, se suicidó también. Por la tarde, Leopold Bien, funcionario, de 36 años, se arrojó por la ventana. Se desconocen las causas de su acto». Esa pequeña apostilla trivial nos llena de vergüenza. Porque, el 13 de marzo, nadie puede desconocer los móviles de todos ellos. Nadie. Además, no debe hablarse de móviles, sino de una sola y misma causa.

Puede que Alma, Karl, Leopold o Helene divisaran, desde su ventana, a aquellos judíos a los que llevaban a rastras por las calles. Para comprender lo que ocurría les bastó con entrever a aquellos a quienes rasuraron la cabeza. Les bastó con entrever a aquel hombre sobre cuyo occipucio pintaron los transeúntes una cruz de tau, la de los cruzados, la que ostentaba aún, una hora antes, el canciller Schuschnigg en la solapa de la chaqueta. Incluso bastó con que otros se lo contaran, o con que lo adivinaran, lo dedujeran, imaginándoselo antes incluso de que sucediese.

Y tanto da que aquella mañana Helene viera o no viera, entre la multitud vociferante, a los judíos en cuclillas, a cuatro patas, obligados a limpiar las aceras ante la mirada divertida de los viandantes. Tanto da que hubiera presenciado o no

aquellas abyectas escenas en las que les obligaban a comerse la hierba. Su muerte refleja únicamente lo que sintió, la enorme tribulación, la repulsiva realidad, su asco hacia un mundo que vio desplegarse en su desnudez asesina. Porque, en el fondo, el crimen estaba ya allí, en las banderitas, en las sonrisas de las muchachas, en toda aquella primavera pervertida. Incluso en las risas, en ese fervor desencadenado, debió de advertir Helene Kuhner el odio y el regocijo. Debió de entrever —en un rapto aterrador—, tras aquellos miles de siluetas y de rostros, a millones de condenados a trabajos forzados. Y adivinó, tras el pavoroso júbilo, la cantera de granito de Mauthausen. Entonces se vio morir. En la sonrisa de las muchachas de Viena, el 12 de marzo de 1938, en medio de los gritos de la multitud, en el olor fresco de las nomeolvides, en el corazón de aquella extraña alegría, de todo aquel fervor, debió de asaltarla una negra aflicción.

Serpentinas, confetis, banderines. ¿Qué fue de aquellas muchachas locas de entusiasmo, qué fue de su sonrisa?, ¿de su despreocupación? ¡De su rostro tan sincero, tan alegre! ¿De todo aquel júbilo de marzo de 1938? Si una de ellas se reconociera actualmente en la pantalla, ¿en qué pensaría? El pensamiento verdadero es siempre secreto, desde el origen del mundo. Pensamos por apócope, en estado de apnea. Debajo, la vida fluye como la savia, lenta, subterránea. Pero ahora que las arrugas han corroído su boca, irisado sus párpados, apagado su voz —la mirada errando por la superficie de las cosas, entre el televisor que escupe sus imágenes de archivo y el yogur, mientras la enfermera se afana a su alrededor ajena a todo, a años luz de la guerra mundial, pues las generaciones se suceden igual que se relevan los centinelas en la noche oscura—, ¿cómo separar la juventud que se ha vivido, el olor a fruta, esa subida de savia que corta el aliento, del horror? No lo sé. Y en su residencia de ancianos, entre el olor dulzón del éter y de la tintura de yodo, con su fragilidad de pájaro, ¿acaso la anciana niña arrugada que se reconoce en el noticiario, enmarcada en el frío rectángulo del televisor, ella que sigue viva, tras la guerra, las ruinas, la ocupación estadounidense o rusa, sus sandalias gimiendo en el linóleo, sus manos tibias cubiertas de manchas cayendo lentamente de los apoyabrazos de ratán cuando la enfermera abre la puerta, acaso suspira de vez en cuando, mientras extrae los recuerdos ingratos de su formol?

Alma Biro, Karl Schlesinger, Leopold Bien y Helene Kuhner no vivieron tanto. Antes de arrojarse por la ventana, el 12 de marzo de 1938, Leopold hubo de enfrentarse varias veces a la verdad, y luego a la vergüenza. ¿No era él también austriaco? ¿Y no tuvo que soportar durante años las bufonadas grotescas del nacionalcatolicismo? Cuando por la mañana dos nazis austriacos llamaron a su puerta, el rostro del joven pareció de pronto viejísimo. Desde hacía algún tiempo buscaba palabras nuevas, ajenas a la autoridad y a su violencia; no encontraba ya ninguna. Vagaba días enteros por las calles, con miedo a toparse con un vecino malévolo, con un excompañero que apartara la mirada. La vida que amaba había dejado de existir. No quedaba nada de ella: ni las meticulosidades del trabajo, donde a

veces disfrutaba haciendo las cosas bien, ni el frugal almuerzo de mediodía, un tentempié sentado en los escalones de un viejo edificio mientras miraba pasar a los transeúntes. Todo había quedado destruido. Así pues, aquella mañana del 12 de marzo, cuando sonó el timbre, sus pensamientos lo envolvieron en una bruma, oyó por un instante esa voz interior que escapa siempre de las largas intoxicaciones del alma; abrió la ventana y saltó.

En una carta a Margarete Steffin, con una ironía febril —a la que el tiempo y las revelaciones de la posguerra le infunden algo insoportable—, Walter Benjamin cuenta que a los judíos de Viena les cortaron el gas; su consumo ocasionaba pérdidas a la compañía. Resulta que los que más consumían eran precisamente los que no pagaban las facturas, añade. En ese instante, la carta que Benjamin dirige a Margarete cobra un extraño viso. No acaba de entenderse. Uno duda. Su significado flota entre las ramas, en el cielo pálido, y cuando la carta se torna más clara, formando de pronto un pequeño charco de sentido en mitad de ninguna parte, se convierte en una de las cartas más locas y tristes de todos los tiempos. Porque si la compañía austriaca negaba ahora el suministro a los judíos era porque se suicidaban preferentemente con gas y dejaban las facturas sin pagar. Me pregunté si aquello era cierto —se inventaron tantos horrores en aquella época, por un descabellado pragmatismo— o se trataba solo de una broma, una broma terrible, inventada a la luz de funestas velas. Sin embargo, poco importa que sea una broma de las más amargas o que sea real; cuando el humor tiende a tanta negrura, dice la verdad.

En semejante adversidad, las cosas pierden su nombre. Se alejan de nosotros. Y no se puede hablar ya de suicidio. Alma Biro no se suicidó. Karl Schlesinger no se suicidó. Leopold Bien no se suicidó. Tampoco Helene Kuhner. Ninguno de ellos. Su muerte no puede identificarse con el relato misterioso de sus desdichas. Ni siquiera puede decirse que eligieran morir dignamente. No. No fue una desesperación íntima lo que desgarró sus vidas. Su dolor es algo colectivo. Y su suicidio es el crimen de otro.

Pero ¿quién es toda esa gente?

A veces basta una palabra para congelar una frase, para sumergirnos en no se sabe qué ensueño; el tiempo, por su parte, no parece involucrado. El tiempo prosigue su peregrinación, imperturbable en medio del caos. Así, en la primavera de 1944, Gustav Krupp, uno de los sacerdotes de la industria a quien al inicio de esta historia vimos depositar su óbolo a los nazis y apoyar al régimen ya en sus albores, cenaba en compañía de su mujer, Bertha, y de su hijo mayor, Alfried, el heredero del *Konzern*. Eran los últimos momentos de la familia en la villa Hügel, el vasto palacio donde habían vivido toda la vida y donde se materializaba su poder. Ahora, la aventura cobraba un mal cariz. Los ejércitos alemanes retrocedían por doquier. Había que tomar la decisión de abandonar la finca y retirarse a las montañas, lejos del Ruhr, en Blühnbach, donde las bombas no los alcanzasen, en la paz fría y blanca.

De pronto, el anciano Gustav se levantó. Llevaba tiempo sumido en una debilidad mental sin remisión. Incontinente y achacoso, había enmudecido hacía años. Sin embargo aquella noche, en mitad de la cena, se irguió bruscamente y, apretando la servilleta contra el pecho en un gesto lleno de terror, tendió un largo dedo enflaquecido hacia el fondo de la estancia, detrás mismo de su hijo, y masculló: «Pero ¿quién es toda esa gente?». Su mujer se volvió. Su hijo se dio media vuelta. Se les heló la sangre. El rincón se hallaba inmerso en sombras. La oscuridad parecía moverse, como si unas siluetas se arrastraran lentamente en la negrura. Pero no eran los fantasmas de la villa Hügel los que los tenían espantados, no, no eran ni las lamias ni las larvas, eran hombres de verdad, con rostros de verdad, los que lo miraban. Vio ojos enormes, caras saliendo de las tinieblas. Desconocidos. Le asaltó un miedo terrible. Permaneció petrificado, de pie. Los criados se quedaron paralizados. Los cortinajes se tornaron como de hielo. Y a él le dio la impresión de ver de verdad, de no haber visto nunca tanto como en aquel instante. Y lo que vio, lo que emergió lentamente de las sombras, eran decenas de miles de cadáveres, los trabajadores forzados, aquellos que las SS habían suministrado para sus fábricas. Surgían de la nada.

Durante años había reclutado deportados en Buchenwald, en Flossenbürg, en Ravensbrück, en Sachsenhausen, en Auschwitz y en muchos otros campos. La esperanza de vida de esos deportados era de unos meses. Si el prisionero escapaba a las enfermedades infecciosas, moría literalmente de hambre. Pero Krupp no fue el único en emplear tales servicios. También sus comparsas de la reunión del 20 de febrero se beneficiaron de ellos; tras las pasiones criminales y las gesticulaciones

políticas, sus intereses obtenían provecho. La guerra había resultado rentable. Bayer utilizó mano de obra procedente de Mauthausen. BMW reclutaba en Dachau, en Papenburg, en Sachsenhausen, en Natzweiler-Struthof y en Buchenwald. Daimler en Schirmeck. IG Farben en Dora-Mittelbau, en Gross-Rosen, en Sachsenhausen, en Buchenwald, en Ravensbrück, en Dachau, en Mauthausen, y explotaba una gigantesca fábrica en el campo de Auschwitz: IG Auschwitz, que de un modo totalmente impúdico figura con ese nombre en el organigrama de la firma. Agfa reclutaba en Dachau. Shell en Neuengamme. Schneider en Buchenwald. Telefunken en Gross-Rosen y Siemens en Buchenwald, en Flossenbürg, en Neuengamme, en Gross-Rosen y en Auschwitz. Todo el mundo se había abalanzado sobre una mano de obra tan barata. Por lo tanto, no es Gustav quien alucina esa noche, en plena cena familiar; son Bertha y su hijo los que no quieren ver. Porque están ahí, en la oscuridad, todos esos muertos.

De seiscientos deportados que llegaron en 1943 a las fábricas Krupp, un año después solo quedaban veinte. Uno de los últimos actos oficiales de Gustav, antes de que pasara las riendas a su hijo, fue la creación del Berthawerk, una fábrica concentracionaria con el nombre de su mujer; sería una suerte de homenaje. Vivían allí negros de mugre, infestados de piojos, caminando cinco kilómetros tanto en invierno como en verano calzados con simples zuecos para ir del campo a la fábrica y de la fábrica al campo. Los despertaban a las cuatro y media, flanqueados por guardias SS y perros adiestrados, los golpeaban y torturaban. En cuanto a la comida de la noche, duraba a veces dos horas; no porque se tardase ese tiempo en comer, sino porque había que esperar; no había suficientes tazones para servir la sopa.

Ahora volvamos por un breve instante al inicio de esta historia y observemos de nuevo a los veinticuatro, sentados todos alrededor de la mesa. Parece una reunión cualquiera de empresarios. Son los mismos trajes, las mismas corbatas oscuras y a rayas, los mismos pañuelos de seda en el bolsillo de la chaqueta, las mismas gafas con montura de oro, las mismas cabezas calvas, las mismas caras sensatas que en la actualidad. En el fondo, la moda apenas ha cambiado. Dentro de poco, en vez de la Insignia de Oro, algunos lucirán ufanos la cruz federal del Mérito como entre nosotros la Legión de Honor. Los regímenes los honran de igual manera. Veámoslos esperar, el 20 de febrero, pausada, sensatamente, mientras el diablo pasa detrás mismo de ellos, de puntillas. Conversan; su pequeño consistorio es idéntico a cientos de otros. No pensemos que todo esto pertenece a un lejano pasado. No son monstruos antediluvianos, criaturas lastimosamente desaparecidas en los años cincuenta, bajo la miseria pintada por Rossellini, transportadas a las ruinas de Berlín. Esos nombres siguen existiendo. Poseen inmensas fortunas. Sus sociedades se han fusionado en alguna ocasión y forman todopoderosos conglomerados. En la página web del grupo Thyssen-Krupp, uno de los líderes mundiales del acero, cuya sede sigue estando en Essen y cuyas consignas son actualmente flexibilidad y transparencia, encontramos una nota sobre los Krupp. Gustav no apoyó activamente a Hitler antes de 1933, se nos

dice, pero una vez nombrado este canciller, se mostró leal a su país. No se afilió al partido nazi hasta 1940, se precisa, para su setenta cumpleaños. Profundamente apegados a las tradiciones sociales de la compañía, Gustav y Bertha mantuvieron viva, contra viento y marea, la costumbre de visitar a sus empleados más fieles con ocasión de las bodas de oro de estos. Y la biografía concluye con una entrañable anécdota: durante numerosos años, Bertha, toda abnegación, cuidó de su marido inválido en un pequeño edificio aledaño a su residencia de Blühnbach. No se habla ni de fábricas concentracionarias, ni de trabajos forzados, ni de nada.

Durante su última cena en la villa Hügel, una vez que quedó atrás el miedo, Gustav volvió a sentarse tranquilamente en su silla *y los rostros regresaron a las sombras*. Volvieron a abandonar esas sombras en una ocasión, en 1958. Unos judíos de Brooklyn pidieron reparación. Gustav había entregado sin pestañear cantidades astronómicas a los nazis a raíz de la reunión del 20 de febrero de 1933, pero ahora su hijo, Alfried, se mostraba menos pródigo. Él, que clamaba que los ocupantes trataban a los alemanes «como negros», no dejará de convertirse en uno de los hombres más poderosos del Mercado Común, el rey del carbón y del acero, el pilar de la paz europea. Antes de decidirse a pagar indemnizaciones, dilató la negociación durante dos largos años. Cada sesión con los abogados del *Konzern* estaba salpicada de comentarios antisemitas. Pese a todo, se llegó a un acuerdo. Krupp se comprometió a abonar mil doscientos cincuenta dólares a cada superviviente; era bien poco para saldar cualquier cuenta. Pero el gesto de Krupp fue unánimemente bien acogido por la prensa. Más aún, le proporcionó una notable publicidad. Muy pronto, a medida que fueron saliendo a la luz supervivientes, la cantidad asignada a cada uno fue menguando. Pasó a ser de setecientos cincuenta dólares, y luego de quinientos. Por último, cuando dieron señales de vida otros deportados, el *Konzern* les comunicó que, por desgracia, no podía permitirse efectuar más pagos voluntarios: *los judíos habían salido muy caros*.

*

Nunca se cae dos veces en el mismo abismo. Pero siempre se cae de la misma manera, con una mezcla de ridículo y de pavor. Y uno quisiera tanto no volver a caer, que se agarra, grita. A taconazos nos quiebran los dedos, a picotazos nos rompen los dientes, nos roen los ojos. El abismo está jalonado de altas moradas. Y la Historia está ahí, diosa sensata, estatua erguida en medio de cualquier Plaza Mayor, y se le rinde tributo, una vez al año, con ramos secos de peonías, y a modo de propina, todos los días, con pan para las aves.